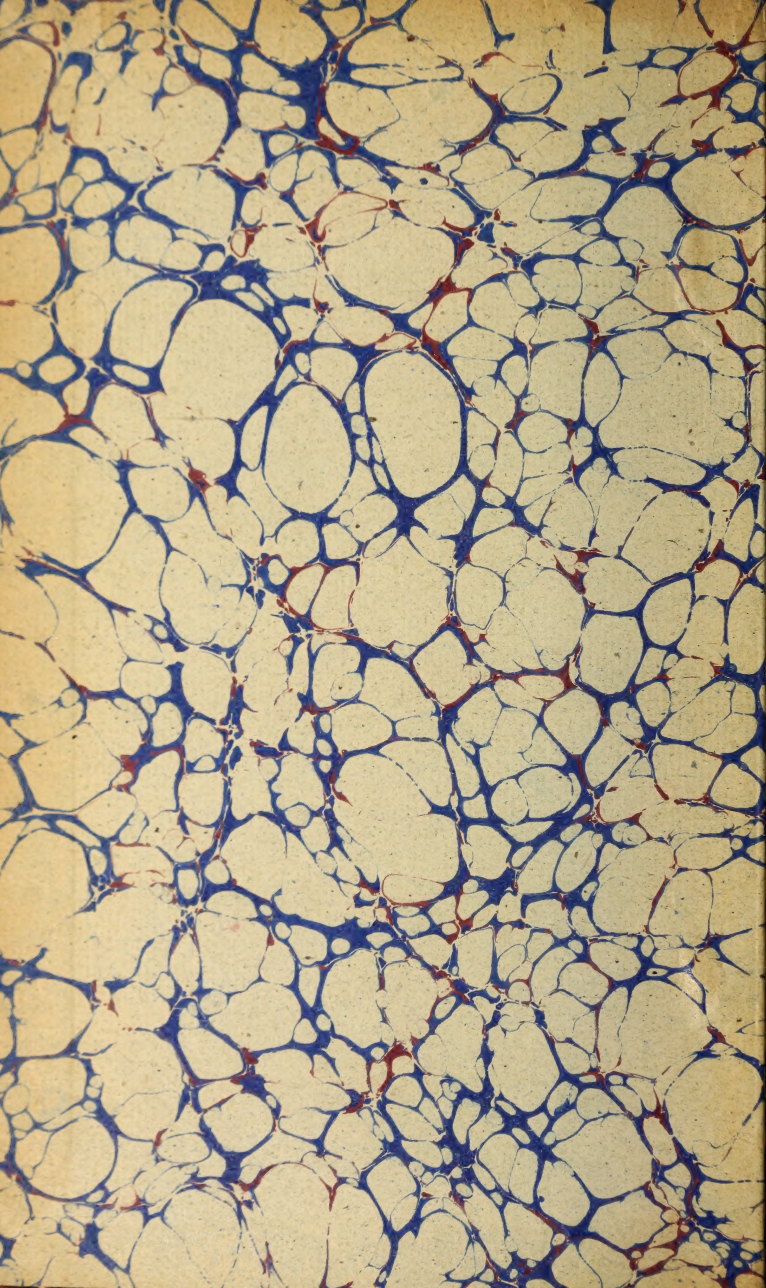
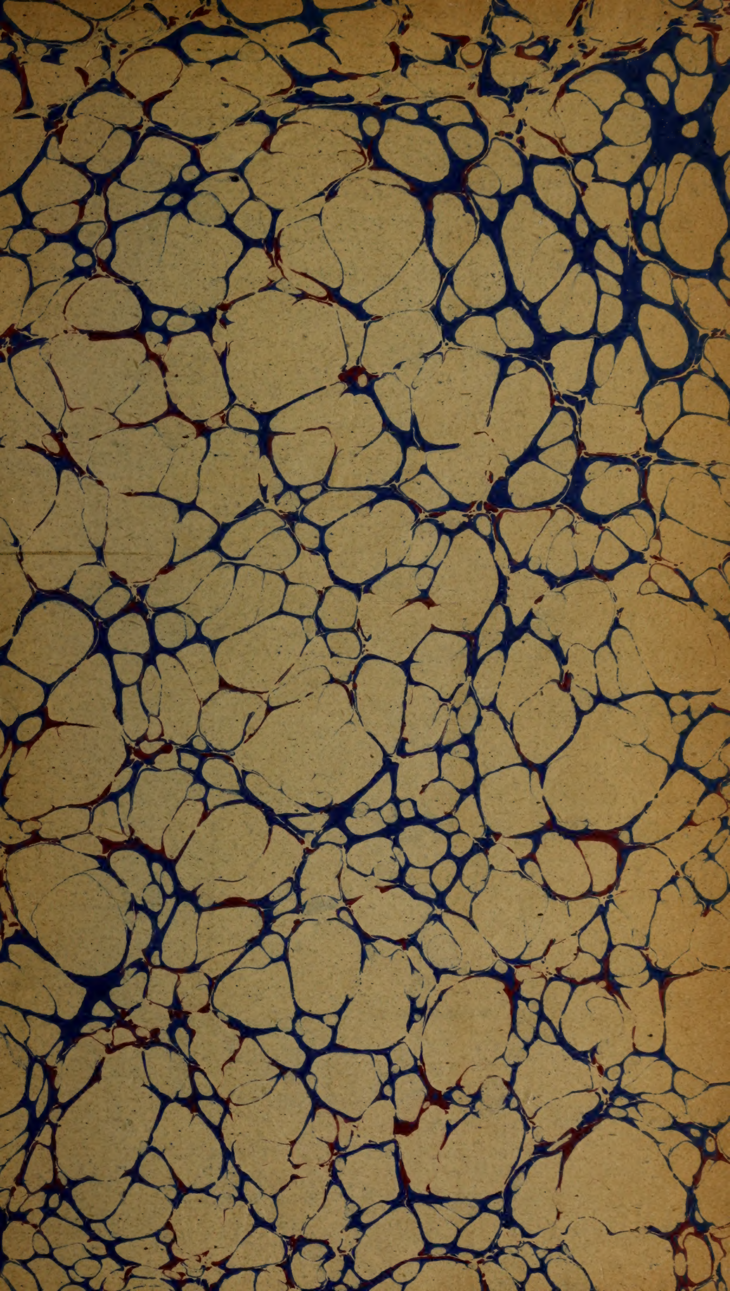

3 1761 09544972 4





Doña MARÍA LA BRAVA

E. MARQUINA



Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/doamaralabrava00marq

DOÑA MARÍA LA BRAVA

OBRAS DEL AUTOR

VERSOS:

ODAS *(agotada).*
LAS VENDIMIAS, poema geórgico.
EGLOGAS.
ELEGIAS.
VENDIMION, poema.
CANCIONES DEL MOMENTO.

TEATRO:

AGUA MANSA, zarzuela *(agotada).*
LA VUELTA DEL REBAÑO, zarzuela.
EL PASTOR, poema dramático.
BENVENUTO CELLINI, biografía dramática.
LAS HIJAS DEL CID, leyenda trágica.

NOVELA:

LA CARAVANA (Cuento semanal) *2.ª edición.*
LA MUESTRA (Cuento semanal).
CORNEJA SINIESTRA (Cuento semanal).
BESO DE ORO (Cuento semanal).
ROSAS DE SANGRE (Cuento semanal).
LA PASION DE MISTER CASTLE (Los Contemporáneos).
EL SECRETO DE LA VIDA (Los Contemporáneos).
ALMAS ANONIMAS.

TRADUCCIONES:

De Eça de Queirós: LA CIUDAD Y LAS SIERRAS.
De Booker T. Whasington: SALIENDO DE LA ESCLAVITUD...
De Baudelaire: FLORES DEL MAL.
De Guerra Junqueiro: OBRAS COMPLETAS, 5 tomos.

LS
M3576d

E. MARQUINA

DOÑA MARÍA
LA BRAVA



124994
13/11/12

MADRID
BIBLIOTECA RENACIMIENTO
V. PRIETO Y COMP.ª, EDITORES
Princesa, 77.
1910

ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPOSITO QUE MARCA LA LEY

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCHIVOS

A

LA VIEJA IDEA

DE JUSTICIA

EXALTACION, PASION Y BLASON

DE NUESTROS NOBLES Y DE NUESTROS PLEBEYOS

QUE HA ENGENDRADO, ENGRANDECIDO

FIJADO

Y PERPETUARA

LA RAZA CASTELLANA,

DEDICO

ESTOS CANTOS

Á MARÍA GUERRERO, Á FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA, QUE DE LOS INTENTOS SABEN SACAR OBRAS, PROFUNDAMENTE AGRADECIDO, Y LEVANTANDO LA LIRA Á LAS ALTURAS DE SU GENEROSIDAD, DEDICA Y ENTREGA ESTE LIBRO

EL AUTOR.

Madrid, Diciembre 1909.

Esta obra se estrenó en la noche del 27 de Noviembre de 1909, en la inauguración del Teatro de la Princesa (reformado), con el siguiente

Reparto.

D. ALVARO DE LUNA	*Sr. Díaz de Mendoza (F).*
PRINCIPE D. ENRIQUE	— *Díaz de Mendoza (M).*
REY D. JUAN	— *Juste.*
ALONSO PEREZ VIVERO	— *Martínez Tovar.*
MARQUES DE SANTILLANA	— *Palanca.*
MONTORO	— *López Alonso.*
D. ALVARC DE ESTUÑIGA	— *Guerrero.*
CONDE PALACIOS	— *Medrano.*
CONDE DE PLASENCIA	— *Cirera.*
JUAN DE MENA	— *Del Cerro.*
MORALES	— *Vargas.*
JUGLAR	— *Díaz.*
NUÑO	— *Carsí.*
PEDRO DE LUNA	— *Montenegro.*
CABALLERO 1.º	— *Urquijo.*
CABALLERO 2.º	— *Pardo.*
PAJE DE D. ALVARO DE LUNA	— *Suárez.*
PAJE 1.º DEL REY	— *López Benety.*
PAJE 2.º DEL REY	— *García Aguilar.*
D.ª MARIA LOPEZ DE GUZMAN Y ESTUNIGA	*Sra. Guerrero.*
REINA ISABEL	— *Salvador.*
DAMA CATALINA	— *Bárcena.*
MARI-BARBA	*Srta. Cancio.*
D.ª JUANA MENDOZA	*Sra. Suárez.*
CONDESA DE MEDINA	*Srta. Le-Bret.*
ELVIRA SANDOVAL	*Sra. Soriano.*
ROSA SOL	*Srta. Robles.*
SILVIA, LA JUGLARESA	*Sra. Calvo.*

Damas de la corte, pajes, heraldos, caballeros santiaguistas, justicias, soldados, etc., etc.

Morales y demás pajecillos representan muchachos de doce á quince años. La acción en los últimos años del reinado de D. Juan II de Castilla.

ACTO PRIMERO

Los sótanos sombríos, abovedados y húmedos del Alcázar de Medina.

En el fondo, una estrecha y altísima escalera de piedra, que comunica con las dependencias del Alcázar; por esta escalerilla, larguísima y un poco sinuosa, se filtra un hilo de luz amarillenta por donde se adivina, á aquellas horas, la espléndida luminaria del resto del Alcázar.

A la derecha, una rampa, que ascenderá, haciendo un recodo, al patio exterior del Alcázar.

A la izquierda, una puertucha fementida y llena de herrumbre, que comunica con las cuadras, patios subterráneos, corredores y bodegas, hasta salir á los fosos y adarves de la fortaleza.

La inmensa cuadra subterránea de la escena está llena de armatostes, catafalcos, armaduras, estandartes, carros, palafrenes, armas, ropajes, bandas, flores, lanzas, hachas y demás accesorios propios para realizar la espléndida cabalgada que, para llevar al *Rey* y á la *Reina Isabel,* en el primer año de su matrimonio, las estrenas de su corte, se está preparando al levantarse el telón.

Carpinteros, escultores, poetas, aposentadores del Rey y criados de las casas nobles pululan por la escena.

Por los tramos de la escalerilla final aparecen de cuando en cuando hasta ocho pajes, cuatro del *Rey Don Juan* y cuatro de *Don Alvaro de Luna.*

Finos, jovencillos, diestramente ataviados los del *Rey,* al gusto francés; los de *Don Alvaro,* al modo florentino; andan todos ellos haciendo fiestas y destrezas por la larga escalinata en honor de dos damitas de la Reina, *Catalina* y *Rosa Sol,* que estarán, teniéndose muy graves, en medio de ellos y esperando el momento de tomar parte en la cabalgada. En primer término, unas sillas de cuero y una mesa con varios velones encendidos.

Por el resto, la escena, salvando el fondo que hace claro la luz de la escalerilla, queda en una semiobscuridad fantástica.

Al levantarse el telón, *Montoro,* el poeta truhanesco, vestido de bufón, ensaya delante de *Don Alvaro,* que le oye desde las sillas, este trozo poético con que, en nombre de todos, presentará luego al *Rey* las estrenas de su corte; *Montoro* lleva un pergamino en las manos; al lado de *Don Alvaro de Luna,* y en pie, *Juan de Mena.*

MONTORO

(Leyendo con énfasis, pero rasgando agriamente la entonación, al modo truhanesco.)

Denme, señora Isabel,
venia tus manos discretas,
señoriles,
y yo, desde mi escabel,
haré que suenen trompetas
y añafiles.
Manda, noble Rey Don Juan
el bueno, entre los mejores
de estos días,
y á tu imperio sonarán,

donde sonaban tambores,
chirimías.
Mirad que ya se disponen
á haceros fiesta de trajes
vuestros fieles,
y, á su paso paso, ponen,
donde llevaron plumajes,
cascabeles.
Llegan los reyes de Oriente,
que es maravilla de vellos
en sus sayos;
con sus joyas, con su gente,
pavos reales, camellos,
papagayos...
El negro, en magias esciente,
trae los filtros y el hechizo
de las gomas;
como aquel vuestro pariente
el Marqués, que parir hizo
las redomas.
El rojo, en su capisayo,
trae los frutos de la tierra:
gordas prunas,
moscatel, rosas de Mayo,
peros, moras de la sierra
y aceitunas.
El blanco, aunque en su color
no muestra que entraran partes
de importancia,
os trae, señora, el amor,

sin el cual no valen artes
ni abundancia.
Y todos, con sus trompetas,
añafiles, chirimías,
pajes, hato,
tronos, carros y carretas
y colleras y jaurías
y aparato,
frente á vosotros detienen
la pompa de su cohorte,
dicha apenas,
reyes nuestros, porque vienen
á traeros de la corte
las estrenas.

(Hace una profunda inclinación y espera las órdenes de *Don Alvaro.)*

DON ÁLVARO

Bien: si no por lo que dice,
pasará por lo que suena.
Queda decidido que
tú comenzarás la fiesta;
los reyes, con su aparato,
te irán siguiendo de cerca;
tras de los reyes, los pajes
con cestos de adormideras,
y dentro de ellas, los pliegos
escritos con las estrenas.

(Dirigiéndose á *Juan de Mena.)*

¿Los visteis ya? ¿Qué decís
de los versos, Juan de Mena?

JUAN DE MENA

Que... suenan también.

DON ÁLVARO

Ya basta,
que, al cabo, es cosa de fiesta.
(A *Montoro* otra vez.)
Tras de los pajes, las armas;
los continuos de mis tierras
y los del Rey; en seguida
los justadores de empresa
y los que las arrancaron
ganosos de mantenerlas
por nuestro reino: éstos, con
Juan de Merlo á la cabeza.
Después hachas, después truenos,
y en fin, cerrando la fiesta,
los dos carros que trajeron
por mi encargo de Florencia:
el carro de la Fortuna
y el carro de la Nobleza.
En ellos...

MONTORO

Señor, ya entiendo,
no me añadáis una letra:
vos en el de la Fortuna,
vacío el de la Nobleza.

DON ÁLVARO

¡Villano!

MONTORO

(Inclinándose exageradamente)

Me hacéis honor,
porque hoy los villanos medran.

DON ÁLVARO

¡Basta! Al sonar la bombarda
saldrás tú, por esa puerta;
yo cuidaré de tu séquito,
ó, en mi ausencia, Juan de Mena:
que el Rey gusta de festejos,
mas no de quien los altera.

MONTORO

¿Acabáis conmigo?

DON ÁLVARO

¡Sí,
mal trovero, ten paciencia,
que aún hallarás del festín
las migajas en las mesas!
Saldrás de aquí, penetrando
en el gran patio, á derechas;
y al llegar frente al balcón
donde aguarden sus Altezas,
desdobla tu pergamino
y da á los aires tu endecha;
pero con gestos, con fuego,
con farsantería, en seña
que inicias un entremés
que asombraría en Venecia.

¡Mal bufón, mueve, cantando
bravamente la cabeza!
¡Que suenen los cascabeles
á falta de las ideas!

MONTORO

Lo del sonar ya no es trato,
Condestable, y así os cuesta
dos maravedís de creces
cada sonajada de éstas.

(Mueve grotescamente la cabeza, haciendo sonar los cascabeles de su caperuza de bufón.)

DON ÁLVARO

Se pagarán...

MONTORO

Bien os creo;
que, al cabo, vuestras monedas
son del reino, y á esa costa
todos haríamos fiestas.

DON ÁLVARO

Tú toma y calla, hablistán,
que, en materia de monedas,
el que las gasta de él son;
jamás del que las conserva.

MONTORO

Eso es verdad.

DON ÁLVARO

¡Basta, he dicho!

MONTORO

¡ Voyme á rebañar las mesas !
(Sale por la rampa de la derecha.)

SANTILLANA

(Desde lo alto de la escalerilla.)

¿ Va su marcha, Condestable,
la famosa cabalgada ?
(Viniendo á primer término..)
Yo os traigo coplas.

DON ÁLVARO

Yo temo
que sobrarán, Santillana.

SANTILLANA

Me maravilláis... Sucede
que estos detalles se guardan
siempre para el fin, y así,
mientras vengan, siempre faltan.
Pero vos estáis en todo ;
bien que esta noche os amparan
poetas como el de Mena,
y ya el caso no me extraña ;
que es bien que sobren mis coplas
donde él metió la plumada.

JUAN DE MENA

Tened, Marqués, el embite
porque erráis de la lanza la.

SANTILLANA

(Vuelto á *Don Alvaro.)*

Entonces, sois el poeta
vos, el autor de las "Claras
y honestas mujeres", libro
que ha enloquecido á las damas.
Y, en verdad, que las tratáis
de fortalezas sitiadas;
y, si les hacéis honores,
es después de conquistarlas.

DON ÁLVARO

No os librará la lisonja
del castigo, Santillana;
porque, sabed que me precio
de defensor de las damas,
y en pago á vuestra malicia,
vais á leernos la página,
que yo no acepto, por miedo
á competencia tan alta.

SANTILLANA

Pues, si vois teméis de mí,
Condestable, ¿no hay más causa,
estando aquí Juan de Mena,
que yo le tema á su sátira?

DON ÁLVARO

Vos no le teméis; que no

se temen, sino se amparan
en el cuerpo, las dos manos,
los dos ojos en la cara,
en el carro las dos ruedas,
en las aves las dos alas,
en el cielo los dos astros,
y en nuestra corte preclara
los dos príncipes de ingenios
Juan de Mena y Santillana.

JUAN DE MENA

¿Resistís á la lisonja?

SANTILLANA

(Entregando un pliego al *Condestable* para que él mismo lo lea.)

¿Quién se niega? Va en descarga
que escribía para fiestas;
no para libros. Pensaba
pediros que, en las estrenas
á la Reina destinadas,
dispusierais que este pliego
con mis versos encerraran.
Es un soneto, en romance,
hecho á la manera itálica,
como tantos que hace el noble
Micer Francesco Petrarca.
Leedlo.

DON ÁLVARO

(Desdoblando el pliego y leyendo. Por la en-

tonación que da á la lectura del último terceto deja comprender que adivina la velada alusión á su propia persona que hace el *Marqués* con el juego final de palabras.)

Dice: "A la Reina
de Castilla, venia y gracia."

"Con modo tal de ornato habéis venido,
que os movió guerra amor y traéis paz;
yo os vi llegar, pero no soy capaz
de hacer que llegue el canto á lo sentido.
Blondo, al sol le robaba el colorido
de los cabellos, dado al viento el haz:
y era, bien puesto en el corcel tenaz,
torre de ivorio el cuerpo esclarecido.
Por estrenas os digo que traigáis
para nuestra Castilla, paz y guerra;
para nuestras grandezas, fin y cuna;
que, pues todo en vos misma lo encerráis,
seréis para nosotros cielo y tierra
si sois para el monarca *Sol y Luna*."

JUANA MENDOZA

(Desde dentro.)

¡Muy bien, Santillana!

DON ÁLVARO

¿Quién?...

VARIAS VOCES DE MUJER

¡Bien, muy bien, Marques!

DON ÁLVARO

(Saliendo de dudas y hablando á *Santillana* con afectada cortesanía.)

Son damas.
Ya os dije que vuestras coplas
dejarían mal paradas
á las mías; pero son
de tal virtud, Santillana,
que habiéndolas escuchado,
no me resisto á copiarlas.
¿Me las dejáis?

(A un signo afirmativo de *Santillana* se guarda el pliego escrito.)

Mi copista
es judío y no se tarda:
como, casualmente, suena
mi nombre al final de una estancia,
bien que casual, es honor
que os estimo, Santillana.

(Vuelve la espalda para recibir á los que llegan. *Santillana* y *Juan de Mena,* hablando, se pierden por la obscuridad del fondo. Entran por la lateral izquierda *Doña Juana Mendoza,* la *Condesa de Medina* y *Elvira Sandoval,* acompañadas del *Conde Palacios.)*

¿Terminó, pues aquí estáis,
señoras mías, la mesa?

DOÑA JUANA MENDOZA

No: ¡se tarda tanto el Rey!

CONDESA DE MEDINA

Pero más que el Rey la Reina.

DON ÁLVARO

¿Y salisteis?

PALACIOS

No nos vieron.
Estaban curiosas ellas
de verte la cabalgada
preparar en estas cuevas,
y, aprovechando un momento
de confusión, á la puerta
me llevaron en volandas,
tirándome de estas sedas
que me las hicieron trapos
con sus manos...

DOÑA JUANA MENDOZA

¡Dos cabezas
de jabalí le tenían
las pupilas en él puestas,
y él les clavaba las suyas,
que echaba lumbre por ellas!

CONDESA DE MEDINA

¡No nos vió salir!

PALACIOS

¡Te engañan!

DOÑA JUANA MENDOZA

Pues ¿qué con tanta insistencia
mirabas, que al escapar,
te tuvimos que hacer señas?
¿El pavón? ¿las empanadas?
¡Habla!

PALACIOS

¡El traje de la Reina!
Tú lo has de ver: bien rasgado,
Condestable; obra maestra.
Es de pinzado morado;
la ropa escotada, luengas
las mangas de arriba abajo,
con sendas tiras de seda
azul y armiñada; tienen
nacaradas las dos vueltas.

DON ÁLVARO

¿Se habló de mí?

DOÑA JUANA MENDOZA

Su bastante...
No deja un punto á la Reina
Doña María Guzmán.
¿Aún negaréis que os detesta?

DON ÁLVARO

Hago cuanto puedo por
que sus odios se le acrezcan.

DOÑA JUANA MENDOZA

¿No pensáis que da qué hablar
tanta porfía?...

DON ÁLVARO

Las lenguas
yo no puedo refrenarlas.

ELVIRA SANDOVAL

Tiene ella empeño en moverlas.

DON ÁLVARO

Doña María Guzmán
combate por la nobleza
contra mí.

DOÑA JUANA MENDOZA

Dice el romance
que es temible en la pelea.
¿Lo recordáis, Condestable?
Lo hizo Montoro, en las fiestas
que dispusisteis vos mismo
para solaz de la Reina,
y en las que riñeron damas
con justadores de empresa.

DON ÁLVARO

Doña María Guzmán
llevóse la palma en ellas.

DOÑA JUANA MENDOZA

Para celebrar su triunfo
Montoro dijo esta letra...
No la olvidéis, Condestable,
que tiene aire de sentencia:

(Las damas con su interés parecen invitar á *Doña Juana Mendoza* á que diga el romance famoso; asimismo la invita el *Condestable* con su silencio.)

"De aquel torneo glorioso
donde combatieron damas,
Doña María Guzmán
sale arrancando la palma...
Pajes le llevan su arnés,
pajes le llevan su lanza;
pero ella lleva en sus ojos
todo el fuego de sus armas...
¡Ah, digan plumas Castilla
lo que dijeron espadas!
Digan, digan; con el hierro,
con el hierro ó la mirada
hiere siempre el corazón
Doña María la Brava!"

(El *Condestable*, muy fuertemente impresionado, callará.)

¡No lo olvidéis, Condestable!
Doña María es funesta
para vos: la habéis amado;
recordad que ella os desprecia.

(Al oir la última palabra, transición en *Don Alvaro.)*

DON ÁLVARO

Sí.

(A la *Condesa de Medina.*)

¿Mostróse alegre el Rey?

ELVIRA SANDOVAL

El es hombre para fiestas.

DON ÁLVARO

¿El Príncipe?

DOÑA JUANA MENDOZA

Dejó pronto,
malhumorado, la mesa.

PALACIOS

¿Pues no quedó allí?

DOÑA JUANA MENDOZA

¿Qué dices,
Palacios? ¿Pues no recuerdas
que acabamos de dejarle
á dos pasos de esta puerta?...
Iba con el de Vivero.

DON ÁLVARO

¿Les visteis bien?

DOÑA JUANA MENDOZA

Daba entera
la luna en ellos; vagaban

junto á la muralla, cerca
de los fosos. Parecían
preparar una sorpresa
ó emboscarse para un lance.

DON ÁLVARO

Me extraña. De las postreras
prisiones que yo he dispuesto
¿se ha hablado?

CONDESA DE MEDINA

Nada.

DON ÁLVARO

(Como hablándose á sí mismo.)

Algo intentan.

(Truena la bombarda del Alcázar, resonando temerosamente en las concavidades del sótano.)

DOÑA JUANA MENDOZA

¿Qué ruido es éste?, Palacios;
¿es que á la muerte nos llevas?

CONDESA DE MEDINA

¡Se hunde el techo!

ELVIRA SANDOVAL

¡A mí! ¡favor!

DON ÁLVARO

(Al *Conde Palacios.*)

No te asustes.

PALACIOS

¡Si son ellas!

DON ÁLVARO

Es la bombarda que anuncia
que han terminado las mesas
y van á empezar las danzas.
¿Queréis ver? Seguid por estas
negruras.

DOÑA JUANA MENDOZA

¡Palacios!: anda.

DON ÁLVARO

Sed brujas, ya que hay tiniebias,
y volad, que el tiempo pasa.

(Desaparecen por la derecha, último término. Se oye un gran ruido de artefactos que caen.)

DOÑA JUANA MENDOZA

(Dentro.)

¡Palacios!: ¿con qué tropiezas?

(Vuelven á salir de las tinieblas, por el lado opuesto, *Santillana* y *Juan de Mena,* que atraviesan la escena para marcharse definitivamente de ella por la rampa de la derecha.)

JUAN DE MENA

Santillana: ¿esta es la Corte?

SANTILLANA

Vos tenéis áspera el alma
para plegarla á estos tratos.

JUAN DE MENA

Torno á mi rincón mañana.
¡Cuánto aclaran estas sombras!
¡Cuánto enseñan estas lanzas,
armaduras, hierros dobles
de Milán, carros, bombardas,
hombres, reyes, todo junto
metido á empresas de farsa!
¡Bien hacen los fronterizos
tirándonos de las barbas!
Marqués: Castilla está en sueños;
torno á mi rincón mañana.

SANTILLANA

Es la obra del Condestable.

JUAN DE MENA

Pues si un hombre solo basta
para tanto, los demás
¿de qué sirven, Santillana?

SANTILLANA

No aventuréis los augurios,
que está en dudas la batalla.

JUAN DE MENA

¿Llamáis batalla á una intriga
de cortesanos y damas?

SANTILLANA

¡La Reina es nuestra!

JUAN DE MENA

¡Una Reina
que no nació castellana!

SANTILLANA

Ya visteis cómo en mis coplas
le pedí que del monarca
fuese Sol y *Luna;* esto es,
que, siendo la soberana
sol y *luna* en el palacio,
á la otra *luna* ofuscara.

JUAN DE MENA

¡Bien lo conoció el de Luna!

SANTILLANA

¡Prendí carne en la lanzada!

(Salen. En este momento los pajecillos, viendo solitaria la gran cuadra, se aventuran á descender al primer término.)

PEDRO DE LUNA

(Mirando á todas partes.)

¡Salieron! ¡La cueva es nuestra!

MORALES

Conde: y nosotros ¿qué hacemos?

PEDRO DE LUNA

¡A nuestros juegos tornemos;
que es más grande la palestra
para que más la llenemos!

MORALES

¿Y el juego será?...

PEDRO DE LUNA

¡De amores!
Moralicos: llega aquí;
toma de esto.

(Le da un guitarro morisco y guarda otro para sí: ambos se lo colocan á la espalda.)

Dime si
dos errantes trovadores
no parecemos así.
¡A nosotros, los de Luna,
que somos gente de raza
y tomaremos la plaza,
bien mediante la fortuna!

ROSA SOL

(Mientras los pajes restantes del de Luna, que son dos, bajan á reunirse con sus dos compañeros, desde la escalerilla.)

¡Válame Dios, nos dan caza!

PEDRO DE LUNA

(Avanzando hasta la escalerilla.)

Damita, la de la torre,
que á más poderoso amor
pagáis con desdén mayor,
hoy, si la suerte le acorre,
suya os hará el trovador.

CATALINA

(Sonriendo, apoyada en el barandal de la escalerilla.)

¿Lo decís, Conde, por mí?

PEDRO DE LUNA

¿Lo dudáis vos, alma mía?
¡No dudéis, que hoy es mi día,
porque hoy no se encuentra aquí
quien más os defendería!

CATALINA

(Instintivamente.)

Don Alonso...

PEDRO DE LUNA

(Burlón.)

Está en la guerra.
Cruzóse gran caballero,
y en la Morería, espero
que irá regando la tierra
con la punta de su acero.

Sola os abandona, y fué,
más que abandono, imprudencia:
¡abrid, castellana, que
yo he de mostraros que sé
consolar males de ausencia!

CATALINA

Trovador aventurero
que te envaneces porque hoy
á la ventana te espero,
¿no ves que esperando estoy
la vuelta del caballero?

PEDRO DE LUNA

¡Que él vuelva y dará ocasión
que al fin os logre, cruel!

CATALINA

Pues ¿le heriréis á traición?

PEDRO DE LUNA

¡Le daré mi corazón
para que os ame con él!

CATALINA

¡Me place!

PEDRO DE LUNA

(Bajo, á sus compañeros.)

Y ahora, tomadas

todas las encrucijadas,
asegurad mis canciones:
que es bien que velen espadas,
mientras hablan corazones.

(Hace que templa en su guitarro; da unos sones, y dice:)

A tu puerta llamaría,
dueña mía,
si, al abrirla, confesabas
que aguardabas;
pero no:
que dices que no soy yo.
Por tener bien complacidos
tus oídos,
¡tú no sabes la armonía
que te haría!
pero no:
que dices que no soy yo.
Por calmar la fiebre loca
de tu boca,
tengo mieles ¡tú no sabes
si son suaves!
pero no:
que dices que no soy yo.
Vida mía, siendo mía,
¡ya no habría
soberano castellano
más ufano!
pero no:
que dices que no soy yo.

¡ Sea espada tu mirada
despiadada !
y la muerte, de esta suerte,
logre al verte,
porque no
me digas que no soy yo !

(Las damas se han hecho atrás. Los tres caballeros que las guardan han tomado el barandal.)

PAJE 1.° DEL REY

¡ Sea espada...

PAJE 2.° DEL REY

su mirada...

PAJE 3.° DEL REY

despiadada !

(Empiezan á descender.)

MORALES

(Desnudando también su espada.)

¡ Y la muerte...

PAJE 2.° DEL REY

de esta suerte...

PAJE 2.° DEL DE LUNA

logre al verte !

PEDRO DE LUNA

(Atacando.)

¡Porque no
me digas que no soy yo!

(Breve lucha. Al cabo de ella suben la escalerilla *Pedro de Luna* y *Morales*. *Pedro de Luna* se acerca á *Catalina*, tendiéndole las manos. *Morales* abraza á *Rosa Sol* y la besa.)

PEDRO DE LUNA

¡Amor sale triunfador
de todo!

CATALINA

(Dándole las manos y sonriendo.)

Menos de amor.

MORALES

¿Y tú qué me dices, Rosa?

ROSA SOL

Que me has besado, y no es cosa
que tenga tan mal sabor.

(Los pajecillos, que han dejado de luchar, parecen confabularse en primer término señalando á los de la escalerilla.)

PAJE 1.° DEL REY

¡Fin del juego! El caballero
regresa ya.

PAJE 1.° DEL DE LUNA

(Afectando estar conmovido.)

¡Y viene herido!

CATALINA

(Descendiendo precipitadamente á primer término.)

¡Alonso mío!... ¿qué ha sido?

(Ríen los pajes.)

PAJE 1.° DEL REY

¡Fueron burlas!

CATALINA

(Ofendida.)

¡Pues no quiero
burlas en este sentido!

MORALES

(Poniendo la cabeza sobre el pecho de *Catalina* para escucharle el corazón)

¿Late el corazón?... ¡A fe,
más de lo que imaginaba!
¡Bien se comprende que esté
orgulloso el hijo de
Doña María la Brava!

CATALINA

Le quiero... y porque le quiero,
le espero y me desespero;

y no sé cómo me explique
que le retengan Vivero
y el Príncipe Don Enrique.

PEDRO DE LUNA

¿Tornan las cuitas?

CATALINA

Burlad
del amor mientras podéis;
¡ya hará sus obras la edad
y en una eterna ansiedad
como me veo os veréis!

MORALES

Pues si amor agobia tanto,
¿cómo hay quien ame?

CATALINA

No sé.

PEDRO DE LUNA

¿Duele?

CATALINA

Sí.

MORALES

¿Mata?

CATALINA

¡No tanto!

ROSA SOL

Y ¿á qué sabe?

CATALINA

A un no sé qué
del agridulce del llanto.

MORALES

¿Te dijo si te quería?

CATALINA

Ha un año que lo escondía;
pero, al fin, rompió el secreto.

ROSA SOL

¿Y tú?

CATALINA

No: desde aquel día
¡le tengo tanto respeto!
(Mirando hacia la lateral izquierda.)
¡Pero no viene!... ¿Qué traman
con él?

PEDRO DE LUNA

Príncipes le llaman;
¡no temas que se desmanden!

CATALINA

¡Que haya príncipes que manden
á los caballeros que aman!
¡Y yo sin verle! Venía
soñando en la cabalgada,
porque á mi lado estaría,
¡y me estoy sola!

ROSA SOL

¡Medrada
dejaste á la compañía!

CATALINA

Perdonad...

MORALES

¡Veo quién eres!

CATALINA

No me expliqué...

PEDRO DE LUNA

¡Ya no aguanto
más! Así sois las mujeres:
desde que á él le quieres tanto,
á nosotros no nos quieres.

CATALINA

¡Más!... pero de otra manera,
que amor es quien manda en mí:

no trueca el gusto, lo esmera;
no me dice que no os quiera;
dice: "quiéreles así".
Amor es virtud que hechiza
el alma y no cabe en ella;
y por salir se atropella,
y, por donde se desliza,
¡todo lo enciende su huella!
Y en el gran incendio, amor
levanta un tal resplandor,
que, al que vive en este día,
le alegra más la alegría,
le hiere más el dolor.
¡Todo acrece la pasión!
que amor ha abierto la senda;
y toda la creación
entra á hacer, del corazón
de los que aman, su vivienda.
Cuando el corazón esté
fatigado de amar tanto,
pedirá á los ojos que
le den su bálsamo santo;
y así, sin saber por qué,
amor se resuelve en llanto.

(Enjugándose los ojos, que tiene arrasados de lágrimas.)

¿Veis?...

(Suena un grito lejano y angustioso que llega á escena por la lateral izquierda. *Catalina*, que es la única que lo ha oído, dice:)

¿Qué es eso? ¿no fué un grito,
ó es que yo misma me exalto?
¿No oísteis?

PEDRO DE LUNA

Nada.

CATALINA

¡Maldito
corazón!

ROSA SOL

No, pobrecito:
¡ya tiembla del sobresalto!

PEDRO DE LUNA

(Que estará mirando por la lateral izquierda.)

¡El Príncipe!

(Las dos damitas se retiran á segundo término; los pajes se retiran también, dejando respetuosamente plaza á los que llegan. Entra el *Príncipe Don Enrique,* volviendo atrás la cabeza y ocultando algo que lleva en la mano; descompuesto, la mirada ligeramente extraviada. Le sigue de cerca *Alonso Pérez Vivero,* quien llega igualmente descompuesto; pero, al notar que hay gente en la escena, reviste su rostro de una impenetrable máscara.)

PRINCIPE

¡Qué rápida
la muerte, cuando llega!

VIVERO

Señor...

PRINCIPE

Sí, sí, ya he visto...

VIVERO

Los pajes.

PRINCIPE

¡No, no pueden
robármelo! ¡lo llevo
debajo de mi túnica!
Atiende tú, Vivero:
¡Tu daga goteaba
la sangre, al tirar de ella!

VIVERO

¡Señor!...

PRINCIPE

Ya callo; pero,
responde: ¿por qué causa
la daga has arrancado
de la herida? Caían
de ella gotas de sangre;
y al tocar en el suelo,
cobraban vida, como
de reptiles inmundos,
y me seguían!...

VIVERO

Príncipe:
mi daga era la vuestra.

PRINCIPE

¿Y quedó allí?

VIVERO

Por eso
mis manos la arrancaron
de la herida.

PRINCIPE

¿La tienes?

VIVERO

¿Cómo, si era la sangre
delatora? La he hundido,
viniendo, entre unas piedras:
y cuando más no pude,
la enterré con la mía.
No podrán encontrarla.

PRINCIPE

(Oyendo pasos.)

¿Se acercan?

VIVERO

Sí, una dama;
Catalina.

PRINCIPE

¡Respóndele!

CATALINA

(Sobresaltada, al ver que no seguía al *Príncipe* y á *Vivero* su adorado *Don Alonso,* ha mirado un instante, sondando las tinieblas, desde la lateral izquierda; luego, tímidamente, se acerca á los recién llegados, decidida á interrogarles.)

¿No sabéis de Don Alonso,
señor Pérez de Vivero?
Dijeron...

VIVERO

El señor Príncipe,
para darle de su afecto
muestras, le ha llamado á sí:
que de un encargo secreto
pensaba hacerle encomienda;
pero el doncel, que es ligero
y aturdido, prefirió,
faltando á todo respeto,
no acudir y echarse á ver
Medina de Rioseco,
tal vez con truhanes que
le busquen al cabo el cuerpo.
Venimos de irle al alcance,
sin dar con su paradero:
Doña María Guzmán
no lo aprobará al saberlo,

que es grave falta; y el Príncipe
tomó grande enojo de ello.

(Le vuelve fríamente la espalda.)

CATALINA

(Sollozando, aturdida.)

¿Y decís, señor?...

(Viendo que no le contestan.)

¡Alonso!...
¡Qué horrible presentimiento!

(Morales y otro *Paje* se la llevan al fondo: ella quiere salir en busca de *Don Alonso* por la lateral izquierda: *Morales* y los *Pajes 1.º del Rey* y *1.º del de Luna* porfían con ella un rato y al cabo la acompañan. Quedan en escena los otros *Pajes. Don Alvaro* en este momento entra por el extremo derecha, llevando un pliego en la mano.)

DON ÁLVARO

Ahora los dos carros. ¡No

(Alcanzando á ver todavía los dos *Pajes* que han salido.)

salgan los pajes!... Vivero:
con damas no hay quien resuelva
las cosas sin contratiempo.
Por fin María Guzmán
logra del Rey este pliego,
disponiendo que en el carro
de la Nobleza, no Pedro
de Luna, como se dijo,

que al fin mi honor iba en ello,
sino su hijo Don Alonso
lleve la enseña del reino.

VIVERO

(Aparte.)

¡ Maldición !

DON ÁLVARO

De todos modos
Doña María halla medio
de moverse contra mí ;
por todas partes la encuentro :
en lo grande, ofensas grandes ;
pequeñas en lo pequeño ;
quiere guerra, ¡ la tendrá !
¡ vive Dios, y habréis de verlo !

VIVERO

De los más descabellados
que ha tenido en estos tiempos
Doña María Guzmán,
hallan todos este empeño
de querer que el Rey, en todo,
anteponga su hijo al vuestro.

DON ÁLVARO

De las más descabelladas
audacias vuestras, Vivero,
es esta de dar el fallo,

si no os lo piden, á un pleito;
que, si la Guzmán y yo,
tenemos ó no tenemos
cuentas, ni os tocan á vos,
ni os va el interés en ello.

VIVERO

Vos comenzasteis, Don Alvaro.

DON ÁLVARO

Pues olvidad el comienzo.

VIVERO

(Sumiso, inclinándose.)

Vuestro hijo aguarda en su sitio
las órdenes del cortejo;
él cumple su deber, mientras
Don Alonso, el heredero
de Estúñigas y Guzmanes,
que es sangre con privilegio,
nadie sabe dónde está:
acaso en la sala, haciendo
figura entre los que danzan
y os combaten en secreto.
Condestable: en vuestro sitio...
¿quién os ha dado ese pliego?

DON ÁLVARO

Castilla, el faraute.

VIVERO

Yo
me olvidara de leerlo,
y dejaría las cosas
como estaban.

DON ÁLVARO

Yo no puedo
decirle al Rey que me olvido
de servirle.

VIVERO

Le diremos,
y será verdad, que estando
para cumplir lo dispuesto,
no apareció Don Alonso,
y fué en su lugar Don Pedro.

DON ÁLVARO

Si el Rey me mandara que
esta noche, en el cortejo,
llevara el Rey de Granada
los estandartes del reino,
sin mirar que era la empresa
difícil, Pérez Vivero,
¡con los dos mil de mi casa
le traería vivo ó muerto!

(Viendo al *Príncipe.*)

¡Ah, sois vos, Alteza!

PRÍNCIPE

Hablad
lo que queráis con Vivero.

DON ÁLVARO

(Airado con el desaire del *Príncipe* y dirigiéndose á los *Pajes.*)

¡Don Alonso de Guzmán:
de orden del Rey, he de verlo!

(Los *Pajes* hablan entre sí: nadie contesta.)

¡Don Alonso de Guzmán!
¿no está aquí? ¿No está dispuesto
que todos los pajes ¡todos!
figuren en el cortejo?

CATALINA

(Dentro.)

¡Favor!

DON ÁLVARO

¿Qué pasa?

MORALES

¡Justicia!

DON ÁLVARO

¡Ira de Dios! ¿Qué es?

MORALES

(Dentro, más cerca)

¡Un muerto!

DON ÁLVARO

¡Un muerto!

PRÍNCIPE

Vos lo dijisteis
que le herirían, Vivero.

(El *Condestable* ha vuelto la cabeza y escruta con la mirada á los dos hombres. *Vivero* avanza, á tiempo que entran en escena *Morales* y los dos *Pajes* restantes.)

DON ÁLVARO

Pero ¿quién es?

MORALES

Don Alonso.
Tiene una herida... en el pecho...
profunda... ya no respira...
en el foso... ¡Venid!

DON ÁLVARO

¡Quietos!

(A *Vivero*, inquiriendo terriblemente con la mirada.)

¿No le visteis con el Príncipe
cuando pasasteis, Vivero,
por el foso?

VIVERO

No le vimos:

que nosotros no tenemos
la misma obsesión que vos
por Don Alonso, ni Pedros
de Luna á quien haga sombra.

DON ÁLVARO

(Con gran calma.)

No os dije tanto. ¡Teneos!

(Viendo que cuando adelanta los *Pajes* se abalanzan á la puerta, saca su espada y, tomándola por la hoja, mete delante la cruz de la empuñadura diciendo:)

¡Justicia del Rey! ¡Que nadie
antes que yo llegue al muerto!

(Salen con tumulto. Se van perdiendo las voces poco á poco. Quedan en escena el *Príncipe* y *Vivero.)*

PRÍNCIPE

(Que ha vuelto á dejarse caer en el sillón junto á la mesa.)

¡Respiro! Este momento
tan duro ya ha pasado...
¿No viste? ¡Me miraba
de un modo el Condestable!

VIVERO

¡Qué necio ha sido, Príncipe,
matarle!

PRÍNCIPE

No lo digas.

Acerca un poco; mira
qué rostro blanco... Envidio,

(Mostrando al de *Vivero* un joyel con una miniatura, que habrá tenido oculto en su pecho hasta este momento.)

envidio los pinceles
que lo trazaron... Tiene
los labios rojos como
el cielo de las puestas
de Castilla los días
serenos; cuando sólo
mirarlo me desmaya...
...El ha sido: recuerda
que yo sólo quería
robarle esta pintura.
¡Si no fuera su madre
tan hermosa! ¡Si el verla
no me hiciera temblar,
como en los grandes fríos
del invierno! ¡Si hablarla
pudiera; si á su vista
no se cerraran mudos
mis dos labios, que creo
que los clavan los dientes!...
yo no quisiera entonces
esta pintura; pero
pido tan poco: ¡verla;
tenerla entre mis manos,
inanimada, como
los muertos, más callada

que yo mismo, pequeña
—ella, cuando es tan grande
que me llena la tierra
y tapa el sol—! No ¡todo
por tenerla, mirándome
con estos ojos dulces,
que miran y no imponen
desde aquí; que parece
que, á través de una gasa,
ardan, como los astros!...
Vivero: ¿yo quería
matarle? ¿no te dije
que sólo codiciaba
robarle esta pintura
con la faz de su madre?

VIVERO

Así dijisteis, Príncipe:
con todo...

PRÍNCIPE

¡Ah, pues no miento!
Pero sí; ven más cerca...

(Le coge de un brazo)

Sí que miento: quería
más; ignoro yo mismo
lo que quería. Cuando
los brazos le eché al cuello
para tenerle, y tú

le robabas la joya;
cuando los dos, cogidos,
resbalamos, tocando
él, carne de ella, y yo,
carne de rey, el fango,
él gritó: ¡Madre mía!
pensando en ella; ¡Madre!
y yo le ví, infinita-
mente querido de ella;
en su regazo, como
los infanticos tiernos,
y pensé: "El ha vivido
dentro de sus entrañas,
y la ha besado, y sabe
que un grito suyo pone
en conmoción el alma
de aquella mujer única.
"¡Madre!" Yo no podía
taparle bien la boca,
y él la llamaba. Y ella,
si llega en aquel punto,
le habría defendido
contra mí; de las uñas
me lo habría arrancado,
llenándole de besos
las heridas, pegando
su rostro con el rostro
del doncel; toda abrazos
para abrazarle, toda
desprecio para el monstruo,

que soy yo. ¡No, Vivero
¡hiere! ¡hiere!... El dió un grito...
¡Ah! ¿Tú has nacido de hombres
ó de tigres, Vivero?
Te bastó un solo golpe
para acabarle.

VIVERO

¡Aciaga
rapidez de mi brazo,
que no vacila, Príncipe,
cuando os sirve!

PRÍNCIPE

¿Por qué,
ya que había de amarla
de este modo funesto
y contra ley, Vivero,
no he nacido también,
como Alonso, hijo de ella?
¡Hijo suyo!... Hoy, haciendo
duelo conmigo de
la muerte del hermano,
tendrían sus caricias
el agrio poder de
las cosas exclusivas;
me abrazaría, al modo
singular que yo ansío,

mezclando en sus caricias,
al dulzor de los besos,
el acre de las lágrimas!...

(Por un gesto de repugnancia que sorprende en *Vivero.)*

¡No! no vuelvas el rostro
reprobando, Vivero...
¡Asesino! Te acuso
delante de la Corte,
y los sangrientos miembros
de tu cuerpo villano
mañana cuelgan de
la torre del Alcázar.
¡Eres mío! No intentes
contradecirme; ¡aprueba!
Monstruo ó dios, yo no soy
como los otros hombres:
en amores, en ansias,
en deseos, en obras,
soy singular y rompo
la ley; ¡qué me marcaron
los astros, en la carne
y en el alma!

VIVERO

¡Señor:
hasta el crimen soy vuestro!
Si os he enojado dadme,
matándome, castigo.

PRÍNCIPE

(Risa histérica.)

¡Ja, ja! ¿Tiemblas, Vivero?
¿Te doy miedo?

VIVERO

Sí; el miedo
que nos dan los abismos.

PRÍNCIPE

(Haciendo un esfuerzo, con voz serena.)

Ya pasó... Fué preciso
que la emoción suprema
se resolviera; que
las gotas de su sangre
se evaporaran. Ya
puedes hablarme: soy
tu Príncipe, tu amigo.

VIVERO

Príncipe: en este sitio
no estáis bien.

PRÍNCIPE

¿Volverán?

VIVERO

Y el Condestable tiene
ojos escrutadores
y sospecha.

PRÍNCIPE

¡Jamás
me acusará el de Luna!
Su ambición no le deja
ponerse contra mí.

VIVERO

Pero yo...

PRÍNCIPE

Sí, Vivero;
tú eres odre mezquino
de villano pelaje,
lleno de vicios, crímenes,
lujurias, ambiciones
y liviandades; pronto
te desharían, sin
el favor de tu Príncipe.
Pero no temas; yo
necesito de ti,
porque tú no distingues
del bien y el mal y apruebas
todos mis desvaríos.

VIVERO

Yo os doy gracias, señor;
pero salid ahora
de estos sitios: ¡les oigo!

PRÍNCIPE

No; aguardemos, vendrá

con ellos ella, y quiero
verla sufrir un día
como yo sufro. ¡Oh, deja!

VIVERO

Oculto entre estas tablas
la veréis.

(Va á salir por el primer término derecha.)

PRÍNCIPE

(Deteniéndole.)

No, no; aguarda.

VIVERO

(Dentro ya.)

¡Desde aquí!

PRÍNCIPE

(Siguiéndole.)

¡Deja; espera!...
¡No, Vivero! ¡Vivero!

(Sale también.)

MONTORO

(Empieza á hablar dentro. Sale á escena por el último término derecha, la atraviesa y se marcha gritando todavía por la rampa de la derecha, primer término.)

¡Los del entremés! ¡La gente
dispuesta para la farsa!
¡Es el momento; tiznad
manos, brazos, cuello y cara!

¡Moved las piernas! ¡Aquí,
con risas, con algazara!...
¡Que se empieza; que se empieza!
¡Que está esperando el Monarca!

(Movimiento de gentes que salen á escena con trajes abigarrados los unos, semidesnudos los otros.)

JUAN DE MENA

(Entrando por la rampa de la derecha, precipitadamente.)

¡Condestable!... ¡Está impaciente
la Corte!

DON ÁLVARO

(Entrando, al mismo tiempo que *Juan de Mena*, por la lateral izquierda, con un gesto breve que resume la grandeza del momento.)

¡Tened!

JUAN DE MENA

¿Qué pasa?

DON ÁLVARO

(A los que le siguen, con voz grave.)

Por aquí: moved sin ruido.
Por aquella puerta falsa
del rincón, entrad con él
en las salas del Alcázar;
que queden para guardarle
de las mías, veinte lanzas;

que, cuando acabe el servicio
del Rey, yo mismo la guarda
le haré esta noche, y que nadie
sepa de ello hasta mañana.

(Volviéndose á los demás, que le oyen.)

¡Vosotros pegad la frente
al suelo, los de la farsa;
porque es un muerto y es Dios
acusador el que pasa!

(Salen de la lateral izquierda unos *Pajecillos* con hachas. Se detienen, volviendo la cabeza, para esperar á los que traen el muerto. La gente de la farsa se arremolina á la puerta con un murmullo de horror. El *Condestable* y *Juan de Mena* les contienen. En el fondo se abre violentamente la puerta de la escalerilla, y *Doña María la Brava,* seguida de *Dama Catalina* y de algunos caballeros de su casa, aparece en escena. Al darse cuenta del cuadro grita desde lo alto:)

DOÑA MARÍA

¡Profanación! ¡Deteneos!
¿Qué vena de sangre mala
tiene mi hijo, que su muerte
como una vergüenza tapan?

(Desciende la escalerilla.)

¡Don Alonso, Don Alonso!
¿qué te han hecho, que no aguardas
con los dos brazos abiertos
á tu madre?

DON ÁLVARO

Hacedle plaza.

(El *Condestable* encoge los hombros, cediendo á la fatalidad, que es ya inevitable. La gente se vuelve hacia *Doña María;* los *Pajecillos,* inconscientemente, hacen señas á los de atrás que se detengan, y quieren iniciar una retirada.)

DOÑA MARÍA

(Llegando.)

¿Dónde está?

(El *Condestable* da un paso para responderle.)

¡No, Condestable:
vos no, que esa mano es falsa!

Doña María se vuelve á los demás, que la rodean solícitos.)

¡No, no; tampoco vosotros,
que en vuestras manos tiznadas
hay profanación!...

(Viendo á los *Pajecillos.)*

¡Vosotros,
sus iguales en la infancia,
que hicisteis vida con él
cuando él vivía! ¿Qué vallas
le separan de su madre?
¿Quién ha sido? ¿Por qué causa?
¿Dónde está? ¿dónde está? ¡Habladme
de otro modo que con lágrimas!

(Morales, que las lágrimas no dejan hablar, señala tímidamente en la obscuridad de la puerta.)

MORALES

Allí.

(*Doña María* inicia un paso hacia la puerta.)

CATALINA

¿Dónde vais?

DOÑA MARÍA

¡Con él!

DON ÁLVARO

Le traerán.

DOÑA MARÍA

(Rápidamente.)

¡No! ¡aquí no! Mana
profanación de estos muros...
No es cortejo para un alma
vuestro cortejo; no son
de este lugar estas hachas...

DON ÁLVARO

Será un paso: le llevamos
por esta puerta á las salas
del Alcázar.

DOÑA MARÍA

¡No: jamás;
que está manchado el Alcázar!
¡No ha de pasar esta noche

él en la misma morada
que su asesino!

DON ÁLVARO

Mirad...

DOÑA MARÍA

¡Mirad vos, que en vuestra guarda
le teníais, y su sangre
corrió tan cerca, que os mancha!

DON ÁLVARO

Señora: el dolor...

MONTORO

(Bruscamente entra por la rampa de la derecha haciendo una cabriola y gritando al caer á los pies del *Condestable.*)

¡Maestre,
la primera sonajada!

(Hace sonar todos los cascabeles de su caperuza. El *Condestable, Juan de Mena* y toda la gente se arremolinan, atropellando á *Montoro.* Se oye la bombarda, que anuncia el comienzo de la fiesta; óyense los gritos lejanos de la multitud. *Doña María* se abalanza á la puerta, transfigurada, terrible.)

DOÑA MARÍA

¡Horror! ¡cerrad esas puertas!
¡que él no pueda verlo! ¡basta

de sacrilegios!... ¡Maldiga
Dios esta noche nefanda!
—Decidle al Rey, Condestable,
de qué modo una agraviada
rica-hembra, de su Corte,
siguiendo á un muerto se marcha,
á buscar luto en la noche,
ya que hay fiesta en el Alcázar.
Romped de vuestros justicias
en dos pedazos la vara:
ya que, por dejar hablar
los bufones, ellos callan.
Decidles á vuestros nobles
que con sus hijos se vayan
á tierra de infieles, que
les tendrán más buena guarda!

DON ÁLVARO

Vos misma podéis, señora,
hacer al Rey la demanda...

DOÑA MARÍA

Pudiera, llevando al trono
mis vestiduras rasgadas,
pedirle justicia al Rey;
que un tiempo los de su casa
solían hacerla; pero
como es prenda en sangre hidalga
no pedir nunca lo que

se le debe sin demanda,
vos le diréis que me aparto
de su justicia; que no haga
cuenta de fallar en este
como en otros casos falla;
que si estos crímenes son
uso en la Corte, faltaba,
para acabar con el uso,
ser el muerto de mi casa.
—Y vosotros, la raez
de los vasallos, la baja
chusma, que en horas de fiesta
perdéis la figura humana,
porque quiero que guardéis
memoria de mis palabras,
¡tomad! ¡ved cómo una madre,
por no profanar con galas
la muerte del hijo, tira
de estas joyas que le abrasan
la carne!...

(Rompe sus collares, sus velos, sus preseas.)

¡Luto, ya el luto
toda la vida en el alma
y en el cuerpo!

(A uno de los caballeros que la acompañan.)

Dadme el manto
vos, justicia de mi casa;
que en este crimen entiendo
yo en persona; no me engaña

con su justicia una Corte
que todo lo mete á farsa.

(Se envuelve en el negro manto de su justicia y dice, señalando la puerta.)

Abrid, Condestable; mientras
vos, con vuestra cabalgada,
alegraréis á la Corte,
yo, con mi muerto, en la santa
dignidad de las tinieblas,
me apartaré del Alcázar;
que de donde echan al hijo
es bien que la madre salga.

(Va á salir; los *Pajes* la detienen todavía en la puerta, y *Pedro de Luna,* con un arranque noble y brusco, cayendo á los pies de *Don Alvaro,* dice:)

PEDRO DE LUNA

¡Libradnos, padre, á los pajes
de andar en la cabalgada!
¡Que se doble el estandarte
que para mí destinaban
en el carro del cortejo!
Acompañando á la dama
saldremos, si nos dejáis;
y si no nos dejáis, manda
Dios, Condestable—y los pajes
entregamos las espadas.

(Don Alvaro de Luna, ocultando su emoción, hace á su hijo gestos que accede á lo pedido. *Doña María* recibe casi en sus brazos á *Pedro de Luna.)*

DOÑA MARÍA

Venid vosotros; huyamos
de esta corrupción... ¡ Entrañas
de las madres que os criaron;
no saben qué les aguarda!
Venid... y pensad, Maestre,
cómo estará de acabada
la prez de Castilla entera,
toda la honra castellana;
que una mujer y unos niños
se la llevan del Alcázar.

(Salen. Dentro.)

¡ Hijo, hijo mío! ¡ responde,
que es tu madre quien te llama!
¡ Hijo!... ¡ hijo mío!... ¡ hijo mío!...

DON ÁLVARO *

(Dejándose caer en un sillón y examinando una daga manchada de sangre, que tiene entre las manos.)

¡ No me pagará el Monarca
con todo el oro del reino
este servicio!...

(A *Juan de Mena,* que se tendrá á su lado en pie.)

Es honrada
y hosca el alma tuya, Juan

(*) Para el mayor efecto teatral del acto pueden suprimirse los versos que siguen, cayendo el telón al hacer mutis *Doña María.*

de Mena: de todas trazas
procura dar esta noche
con el Príncipe; y, con maña,
que él no sospeche, examina
si en su vestimenta hay manchas
de sangre...

JUAN DE MENA

¿Qué?...

DON ÁLVARO

(Fríamente.)

y si, en su cinto,
falta ó no falta la daga.

JUAN DE MENA

¿La respuesta á vos?

DON ÁLVARO

¡Y á nadie
más, ni en salvación del ánima!

(Sale *Juan de Mena. Don Alvaro,* recobrándose, á la gente de la farsa, que aguarda sus órdenes.)

¡Rompe la marcha, Montoro!

MONTORO

¡Sonajadas! ¡sonajadas!

(Gritería, golpes de bombarda, tumulto estrepitoso. Mueve á andar la cabalgada.)

TELON

ACTO SEGUNDO

El salón del homenaje en el castillo de Peña-Roa, cerca de Valladolid, viejo solar de los Estúñigas, casa-raíz de *Doña María López de Guzmán y Estúñiga.*

Hay en el castillo y en todo su aparato, huellas del abandono en que, por aquellos tiempos, tenían sus tierras los nobles de solar, que empezaban á convertirse en nobles palaciegos y en intrigantes cortesanos.

Nótase el abigarramiento de una instalación improvisada, que trasciende á vivienda de caudillo, en el alto de un ejército en campaña.

La gran sala tiene, en la pared del fondo, un portalón que se abre sobre el primer recinto almenado del castillo. Se ven las almenas, recias y negruzcas; llanura y telón con horizonte de montañas.

A la derecha una puerta que da á la torre del castillo. A la izquierda, en primer término, otra que comunica con las habitaciones interiores.

La torre, á la derecha, forma un ángulo muy entrante en la escena. A una parte de este ángulo habrá un estrado. Sobre el banco de juez de Castilla que hay en él, por haberlo sido en el tiempo un Estúñiga, habrá la espada de *Don Alonso,* desnuda, colocada de punta y apoyada la empuñadura en el respaldo.

Al levantarse el telón, *Nuño, Mari-Barba, Montoro, Ju-*

glar, Silvia la Juglaresa y *Criados.* Hacen grupo sentados por el suelo y en los escalones de piedra que forman el estrado. La puerta del fondo está abierta.

Son las primeras horas de una mañana clarísima.

No hay guardias en las almenas.

NUÑO

(Mientras los *Criados, Mari-Barba* y *Montoro* aplauden al *Juglar,* que acaba de decir unas trovas.)

¡Otra, Juglar! que así pagas
el pan, el techo y el vino
que, para pasar la noche,
te hemos dado en el castillo.
¡Otra!

JUGLAR

¿No hay aquí señores?

MARI-BARBA

¿A qué la pregunta ha sido?

JUGLAR

A que no veo que acudan,
como en los otros castillos,
á escucharnos.

MARI-BARBA

Sobre que
no es un hidalgo cumplido,
sino una dama, la dueña
de este predio y su castillo...

JUGLAR

Para las damas también
tengo donosos racimos
de serranillas, villanas
y cantares de ledino,
muy de corte.

MARI-BARBA

(Sin hacerle caso.)

Sobre que
nuestra dueña, que no ha sido
dada á diversiones nunca,
es viuda y guarda al marido
la viudedad, y en la Corte
le asesinaron al hijo;
sobre que ya no sé cuántos
caballeros han venido
á celebrar con la dueña
pactos, convenios, capítulos;
sobre que nos han privado,
bajo pena de sentido,
á los del castillo, de
llevar armas, yo adivino
que, hoy, caballeros y dueña,
y nosotros y tú mismo,
que lo ignoras, nos hallamos
en un suceso gravísimo
que no sé, pero que trueca
todo el orden del castillo.

Y no digo más porque
ya basta con lo que he dicho,
porque soy cauta...

NUÑO

Y porque
no sabes más.

MARI-BARBA

No, marido;
ni tú tampoco.

JUGLAR

Haya paz,
que, al cabo, á mí me es lo mismo
que me oigan ó no señores,
mientras queden pan y vino.

SILVIA

(Desde la puerta, mirando afuera.)

¡Una alondra!

JUGLAR

Está en su casa,
que es mañana y tiene limpio
el aire.

MONTORO

(Levantándose y yendo al lado de *Silvia.*)

¿Alondras tenemos?

NUÑO

¡Mañaneros hemos sido!
¡Canta, Juglar!

JUGLAR

¡Sí que canto;
que amanece Dios y, ricos
de oro de sol, por el mundo,
danse á medrar los mendigos!

SILVIA

¡Ya cantan pájaros! ¿Oyes?
(A *Montoro.*)

MONTORO

(Poniendo su cabeza sobre el pecho de *Silvia.*)

¿Son pájaros ó latidos?

SILVIA

¡Necio!...

JUGLAR

(A *Silvia* y *Montoro.*)

¡Venidme á la vera
á aprender este lay, hijos;
que pájaros y juglares
nos vamos dando del ritmo!

(Con aire solemne y monotonía de salmodia romancesca.)

"Rey"...

MARI-BARBA

(Batiendo palmas.)

¡Es de Rey!

JUGLAR

Si habláis siempre,
¿qué le dejáis á mi oficio?

"Rey, en la collada,
bajo tu cayada,
por esas laderas,
pacía un ganado...
—Lo tendrás, Privado;
pide lo que quieras.

"Rey, en la corona,
sobre tu persona,
vi las luces fieras
de un rubí granado:
—Lo tendrás, Privado;
pide lo que quieras.

"Rey, en ese trono,
se está, en abandono,
bajo tus banderas,
tu cetro olvidado...
—Lo tendrás, Privado;
pide lo que quieras.

"Rey, no tienes oro

para mi tesoro:
corre á las fronteras,
sé mi Adelantado...
—Lo seré, Privado;
pide lo que quieras.

"Rey, dime que es falso:
yo he visto el cadalso,
los paños, las ceras
y el verdugo al lado...
—Lo tendrás, Privado;
pide lo que quieras!"

NUÑO

¡Este es cantar á mi modo!

MONTORO

Y al mío, Juglar.

SILVIA

¡Y al mío!

MONTORO

Y al de todas las Castillas,
buena gente.

MARI-BARBA

No he entendido
palabra en ello, sino
que hay alguien privado; y digo,

si por ventura la causa
de la privación ha sido
ver un cadalso, que yo
también perdiera el sentido.

NUÑO

¡Aspente con garfios, Barba,
que me ultraja tu simplismo!

JUGLAR

(Tendiendo su vaso á *Nuño.)*

Un vaso más.

NUÑO

(Llenándoselo.)

De buen grado.

JUGLAR

Dijo el otro "de buen vino".

MONTORO

(A *Silvia.)*

¡Uno á mí... en tu vaso, reina!

SILVIA

Lo tendrás, privado mío.

MARI-BARBA

(Confidencialmente.)

Para entre los dos, Juglar.
¿Piensas que no hemos tenido

nuestros romances también
los de este negro castillo?
Acuérdaseme el que hicieron
á nuestra dueña; se dijo
delante del propio Rey,
y anda aún, que es pegadizo:
"¡Ah! digan plumas, Castilla,
lo que dijeron espadas;
digan, digan; con el hierro,
con el hierro ó la mirada
hiere siempre el corazón
Doña María la Brava."
¡Hiere siempre el corazón!
¡Cuánta verdad! que es el mío
pobre, tembloroso y viejo;
pero me lo tiene herido.

JUGLAR

No deis nunca este romance,
la buena dueña, al olvido.
Y ¡andando! que pica el sol
y están todos los caminos
abiertos al libre paso
de juglares y mendigos;
llenos de aventuras, pobres
gentes de solar, más míos
que del Rey; que el Rey los pasa;
pero yo, Juglar, los vivo.

MARI-BARBA

No os deis prisa en escapar;

no abundan por estos sitios
los juglares; no penséis
que nos cansamos.

JUGLAR

He dicho,
la dueña, que el sol nos llama
y es la verdad; que tullidos
de perlesía nos pone
la humedad de los castillos.

NUÑO

¿Vais de paso?

JUGLAR

Como siempre.

MARI-BARBA

Y ¿adónde el paso?

JUGLAR

El destino
no nos lleva, en hoy por hoy,
más lejos que este castillo.

MARI-BARBA

¿Os quedáis?

JUGLAR

Afuera; en una
choza de jaras que he visto.

MARI-BARBA

Y ¿hay en los jarales obra
para versos tan pulidos?

JUGLAR

Hayla, dueña.

MONTORO

Hay sombra fresca
y agua de la sierra...

SILVIA

Hay nidos.

JUGLAR

¿Queréis más?... Pero aún hay más;
que yo, contestando, digo
más cosas que vos, la dueña.
Hay que con hoy cumplen cinco
días se dijo en la Corte
—y de la Corte venimos—
que por dar fin á una guerra
civil, que tiene en peligro
la vida del reino, que
sólo interesa al Valido,
vendría el Rey de Castilla
en persona á este castillo.
Ved de enlazar mi noticia
con el suceso gravísimo
de que habláis vos, Mari-Barba,

y Dios os coja contritos,
si es para mal, y, si no,
que El os guarde, y *pax vobiscum!*

(Sale seguido de *Montoro* y *Silvia.*)

MARI-BARBA

¿Qué decís?

JUGLAR

(En las almenas.)

¡Ya nada más!

NUÑO

El Rey!...

MARI-BARBA

(Gritando.)

¿Que el Rey?...

JUGLAR

(Dentro.)

¡Está dicho!

NUÑO

Teneos.

JUGLAR

(Con voz ya muy lejana.)

¡El sol nos llama!

NUÑO

(Saliendo á las almenas.)

Eh, juglares!

SILVIA

(Suena su voz abajo de las almenas.)

¡Nidos, nidos!

DOÑA MARÍA

(A la gritería de los *Criados* sale por la lateral izquierda.)

¿Qué escándalo el que movéis?

MARI-BARBA

(Solícita, acudiendo á su dueña.)

¿Vos ya aquí, Doña María?

NUÑO

¿Tan pronto?

DOÑA MARÍA

Pues ¿no me veis?
¿Pensáis que es algarabía
para dormir la que hacéis?

MARI-BARBA

Eran juglares...

DOÑA MARÍA

¿Tuvieron
en mi castillo posada?

NUÑO

Toda la noche durmieron;

y en pago, que nos dijeron
las coplas de madrugada.

DOÑA MARÍA

Pues no me parece el caso
para el ruido que movisteis.

NUÑO

Es que dicen...

DOÑA MARÍA

¿Es que, acaso,
jamás posada les disteis
á los juglares de paso?

NUÑO

Sí; pero éstos...

DOÑA MARÍA

Estos... di.

NUÑO

Nos dijeron... digo, si
dais venia, Doña María,
que hoy... que... En suma: ¡que vendría
el Rey de Castilla aquí!

DOÑA MARÍA

Hoy vendrá; es cierto.

MARI-BARBA

(Con sincera emoción y respeto)

¡Las manos
besarle al cabo podré!

(Sentándose: con melancólica ironía.)

DOÑA MARÍA

¡Ay, Rey de los castellanos!
¡quién te tuviera la fe
que te tienen los villanos!

NUÑO

(Acercándose respetuosamente á su dueña.)

¿Vendrá pronto?

DOÑA MARÍA

Todo el día
dió de plazo.

MARI-BARBA

(Con grande ingenuidad.)

El es de ley;
cumplirá, Doña María.

DOÑA MARÍA

(Cogiéndole la mano.)

¡Pobre Mari-Barba mía!

MARI-BARBA

(Cobrando confianza.)

Decidnos... ¿Cómo es el Rey?

(Todos los *Criados*, con una curiosidad mez-

clada de respeto, se disponen á escuchar á su dueña.)

DOÑA MARÍA

¡El Rey!... ¿Cómo lo imagina
mi Mari-Barba?

MARI-BARBA

De modo
que me parece que todo,
siendo otro sol, lo ilumina.

NUÑO

Y yo como una montaña
toda de oro, y puesta en ella,
como en engarce, una estrella
limpia, que nada la empaña.
Bajan del monte unos ríos
tronando en las soledades,
que llevan las potestades
á los grandes señoríos;
la estrella da unos reflejos
suaves, porque están lejanos;
y á esa luz tienden sus manos
los pecheros desde lejos.

DOÑA MARÍA

Sol, monte, estrellas; los dos
decís grandezas de nombre.
¿Qué queréis mayor que un hombre
que tenga el sello de Dios?

Y éste es el Rey; que no encierra,
en su destino, otro anhelo
sino ir trazando en la tierra
lo que le trazan del cielo.

NUÑO

¡Pues no es tan duro destino!

DOÑA MARÍA

Sí; que no está en toda mano
el ir haciendo en humano
lo que Dios hace en divino;
que hombres tú y el Rey, si os vicia
igual pecado á los dos,
tú das cuenta á la justicia
y el Rey da cuentas á Dios.

(Enardeciéndose; se levanta; los *Criados* la miran ir y venir con respetuosa curiosidad.)

¡A Dios, que de una mirada
cambia reyes, justiciero,
como cambia un caballero
por otra espada su espada!

(Después de una pausa.)

¡Rey Don Juan, si lo pensaras,
ni justicia negarías,
ni monstruos ampararías,
ni á tu nobleza injuriaras!

MARI-BARBA

(Acercándosele, compungida.)

Dueña...

DOÑA MARÍA

(Saliendo de su abstracción.)

Di.

MARI-BARBA

Si el soberano
á nuestra dueña injurió,
¡no le valdrá serlo! ¡yo
no le besaré la mano!

DOÑA MARÍA

¡Pobre Mari-Barba mía!
Si oyera el Rey en su trono
tu amenaza de este día,
¡qué grandes burlas haría
de tu ofensa y de tu encono!
Y mira: si el Rey supiera
todo el candor que hay en ti
cuando hablas de esta manera,
siendo Rey, se arrepintiera
de haberte ofendido así.

(La abraza, despidiéndola, y hace á todos gestos que se vayan. Salen por la puerta del fondo. *Doña María* reanuda un instante sus paseos por la enorme sala. Se abre la lateral izquierda. Entra el *Marqués de Santillana.)*

SANTILLANA

Perdonadme: entro sin venia...

DOÑA MARÍA

(Volviéndose.)

¿Sois vos, Santillana?

SANTILLANA

Vengo
para aconsejarme, más
que para daros consejo;
pero, como ya las vistas
van á empezar, serán estos,
si vos consentís, los últimos
capítulos que tendremos.

DOÑA MARÍA

(Con muestra de fatiga; sentándose.)

Hablad.

SANTILLANA

Va á llegar el Rey.
Don Alvaro, que no ha hecho
caso de vuestras injurias
cuando entramos en sus predios
con vuestro pendón; que ha estado,
cuando le ofendisteis ciego,
cuando le acusasteis sordo,
cuando le atacasteis quieto,
apenas pedís las vistas
al Rey, os da asentimiento.

DOÑA MARÍA

Prueba que al cabo hemos dado,
Santillana, con un medio
de hallar justicia.

SANTILLANA

Y también
prueba que con este medio
no asustamos al de Luna.

DOÑA MARÍA

Ni él á mí; que el triunfo veo,
si no en mi justicia, en ser
yo misma quien la defiendo!

SANTILLANA

De todas suertes, bien hizo
Alonso Pérez Vivero
trayendo al Príncipe á vistas
para estar al lado nuestro;
que un Príncipe para un Rey
es la razón de más peso.

DOÑA MARÍA

Alguna ventaja irá
buscando en ello Vivero.

SANTILLANA

¿Le tenéis por ambicioso?

DOÑA MARÍA

No; mas por traidor le tengo.

SANTILLANA

El se desvive por vos.

DOÑA MARÍA

No he menester sus esfuerzos.

SANTILLANA

En acusar al de Luna
ha sido de los primeros;
él, para vuestro servicio,
juntó lanzas, buscó pechos...

DOÑA MARÍA

No dan ni quitan razón
dos mil lanzas más ó menos;
yo sola...

SANTILLANA

¡Nunca vos sola
sacarais vuestro derecho!
Recordad aquella muerte
del Alcalde de Toledo,
la del Condestable Dávalos,
la del señor de Cameros
y tantos crímenes que,
como escándalo no hicieron,
se quedaron entre Dios
y Don Alvaro secretos.
Si vos al cabo obtenéis
justicia de vuestro muerto,
no es recordaros servicios,
mas todos lo habremos hecho.

DOÑA MARÍA

Ni yo olvido á los demás
cuando recuso á Vivero.

SANTILLANA

¡En él, toda la nobleza
tiene el servidor más ciego
de Castilla; á él el brazo
del Príncipe le debemos!

DOÑA MARÍA

Y á mí me honra tanto el brazo
del Príncipe, que, por ello,
aunque venga con quien viene,
de rodillas le haré pleito.

SANTILLANA

No diréis que de estas vistas
ventaja espere Vivero;
que él siempre les fué contrario.

DOÑA MARÍA

¡Y yo las pedí por eso!

SANTILLANA

Vivero sostiene que
si de las vistas queremos
sacar partido, tan sólo
la cautela nos da un medio.
No acuséis al Condestable

en ellas, que es darle tiempo
de defenderse. Pedidle
al Rey que os le entregue preso;
que con adversario astuto
no hay más razón que los hierros.
Nosotros vuestra demanda,
á una voz, apoyaremos;
de que está en vos la justicia,
haremos el juramento
y, si el Rey vacila aún,
mediará el Príncipe en ello.
Vivero tan sólo pide,
si en este paso vencemos,
que el Rey le encargue con cartas
de guardar por vos al preso.

DOÑA MARÍA

¿Y esta es la villana astucia
que vos y los caballeros
me proponéis?

SANTILLANA

Esto es daros,
para que triunféis, un medio.

DOÑA MARÍA

¡Peña-Roa, mi castillo,
ahora toco y ahora veo
que en tu estrado es arma pobre
la sola espada de un muerto!

Pero, ¡vive Dios! ¿por qué
recelan los caballeros
de mí? ¿Qué fuerza, qué magia
tiene el de Luna y no tengo?

SANTILLANA

(Insinuando con respeto.)

Señora: devotamente,
como quien levanta el velo
de un sagrario y se arrodilla,
más que con fervor, con miedo:
—el Condestable os amó.

DOÑA MARÍA

(En un arranque.)

¡Yo jamás!... y me arrepiento:
porque, amándole, hoy tendría
doble furor del que tengo!

(Con dignidad nobilísima.)

—Y basta de esto, que sólo
toca á Dios y yo me entiendo.
—¿Son estos vuestros capítulos?

SANTILLANA

Falta, señora, el postrero:
vuestros parciales aprueban
lo que Vivero ha propuesto;
todos verán bien que vos
no os apartéis de este medio
en las vistas y os recuerdan

que, como pacto tuvieron
con vos, el pacto está roto
cuando se rompe el acuerdo.

DOÑA MARÍA

¡No hay pactos con el honor!

(Gritería en las almenas.)

SANTILLANA

(Gravemente: á *Doña María.*)

Lo diré á los caballeros.

(Más gritería. *Santillana* vuelve la cabeza al ruido, en el momento que se dispone á salir de escena.)

DOÑA MARÍA

Antes mirad, Santillana,
si no os cansa, qué altercado
mueven, junto á las almenas,
riñéndose, mis criados.

VIVERO

(Dentro.)

¡Yo os juro que pasaré!

SANTILLANA

(Satisfecho, dirigiéndose al fondo.)

¡Vivero!

DOÑA MARÍA

Debí pensarlo.

SANTILLANA

(Mirando desde la puerta.)

¡Y el Príncipe Don Enrique!

DOÑA MARÍA

¿Pero vienen?

SANTILLANA

Sí.

DOÑA MARÍA

Veamos.

(Entran juntos *Vivero* y el *Conde de Plasencia*: les sigue, tímido, el *Príncipe*, que, sin entrar, y ajeno á la discusión siguiente, se apoya en una almena, infinitamente conmovido de hallarse en la presencia de *Doña María.*)

PLASENCIA

Alonso Pérez Vivero
no se aviene á lo mandado
por el Rey, y entra con armas
en las vistas.

VIVERO

Me he negado,
no por mí, por mi señor
el Príncipe; porque extraño
condición tan onerosa,
siendo él quien es: y así, os hago
súplica que me digáis
las condiciones del pacto.

DOÑA MARÍA

No os la diré por mí misma,
que se resisten mis labios
á que el Rey hable por ellos
tal lenguaje; aquí está el pacto
de las vistas; leed, Marqués,
lo que en él está mandado.

(Entrega un pliego al *Marqués de Santillana,* quien, desdoblándolo, lee lo siguiente:)

SANTILLANA

"Asimismo: en estas vistas
se hará igual ordenación
que en Medina, la otra vez
que el Príncipe las pidió.
No quedará en Peña-Roa
gente de armas, porque yo
ceder puedo á la justicia,
mas no doblarme al temor.
Los caballeros que asistan
á las vistas, porque son
de bandos contrarios y
para evitar mal mayor,
entregarán sus espadas;
asimismo lo haré yo,
dando ejemplo, y asimismo
mi Aposentador Mayor
Conde Palacios, con toda
la gente de mi pendón.
Los diez carros que me siguen

llevan mi tienda, ración
para mis caballos, víveres
para mi casa, que yo
no es bien que haga marchas solo,
cuando toda la Nación
mueve conmigo.—Sabido
que no puedo sin baldón
rendir la espada á un vasallo,
siendo de todos Señor,
temporalmente, y tan sólo
porque quiero y puedo, yo
libro al Conde de Plasencia
del pleito que me juró.
A él todos los caballeros
darán sus armas; que no,
por sólo hablarse de espadas,
se entienda esta condición
de ellas tan sólo; á él, llegando,
rendiré mi espada yo."
Dice el pacto.

VIVERO

(Al *Conde de Plasencia;* mala gana.)

Tomad, Conde.

(Le da su espada.)

PLASENCIA

¿No lleváis otra arma?

VIVERO

(Con brusquedad.)

¡No!

PLASENCIA

Es el deber quien pregunta;
no le responda el rencor.

(Se acerca con grandes muestras de respeto al *Príncipe.)*

Consideradme hoy, Alteza,
vuestro escudero, que no
vuestro enemigo, y pasadme
la espada.

PRÍNCIPE

Tomadla vos.

(El *Conde de Plasencia* se arrodilla y le quita la espada del cinto; le hace homenaje y sale con esta espada y la de *Vivero.* Pausa: *Vivero* se hace á un lado y deja paso al *Príncipe.* Este llega al centro de la escena sin decir palabra y queda clavado allí, porque ve á *Doña María* que le sale al encuentro.)

DOÑA MARÍA

(Con acento de sincera y lealísima emoción.)

Si el penetrar vos aquí,
Alteza, en todo momento
fuera en vos desprendimiento,
fuera confusión en mí;
hoy, que Castilla os proclama
archivero de su ley;
que venís pidiendo al Rey
justicia para una dama,
no creo, Príncipe, que es

maravilla que, al entrar,
mis labios quieran besar
las huellas de vuestros pies.

(Inclina una rodilla y va á besarle las manos.)

PRÍNCIPE

Alzad, señora, aunque sé
que es el ruego contra mí;
que, si os hablo estando así,
viéndoos en pie callaré.

DOÑA MARÍA

Antes, porque el vasallaje
le negué á mi soberano,
dejad que haga en vuestra mano
de mi castillo homenaje.

(El *Príncipe* la ayuda á alzarse; ella da unos pasos, llega al estrado y dice solemnemente.)

Penetráis en mi solar,
Príncipe, y amargamente
sólo os ofrezco, al entrar,
cenizas en el hogar,
ceniza sobre mi frente.
En sus aforros doblados
mis pendones, enlutados
los cuarteles de mi historia;
porque con los injuriados
no tiene qué hacer la gloria.
No queda, en mi estrado, honrada
mano que busque la vuestra;

que una baja cuchillada
dejó en su sitio la espada,
pero cercenó la diestra.
La encomienda que dejó
él, muriendo, yo os la digo,
que mi mano la escribió:

(Tomando un momento la espada de *Don Alonso* y volviendo á dejarla, después de leída su inscripción sobre la silla.)

"Nadie me mueva que no
vengue á Estúñiga conmigo."
Yo os hago la pleitesía
de mi castillo y su espada;
otra en pliegos la pondría;
yo no, que con la hidalguía
de mi palabra empeñada,
no pueden, Príncipe, nada
los juramentos del día.

(*Santillana* aparece por la izquierda precediendo á los nobles parciales de *Doña María.* Esta desciende del estrado, yendo á reunirse con el *Príncipe*: entra desde este momento por las almenas la gritería del cortejo del *Rey,* que llega al castillo.)

SANTILLANA

(A los nobles que le siguen.)

¡Entrad á rendir, que es ley,
vuestro homenaje á su Alteza,
ya que halla en él la nobleza
quien salga por ella!

(Clarines: más gritería.)

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

(Entrando precipitadamente por el fondo.)

¡El Rey!

(Los *Caballeros* se detienen, dudando.)

DOÑA MARÍA

Entrad, llegad. ¿Qué os detiene,
ni cuál es vuestro linaje,
que ibais á hacer vasallaje
y dudáis porque el Rey viene?
¿Vacilaréis?... Dos caminos
os ofrezco y dos estrados:
éste, de los injuriados;

(Señalando á la izquierda.)

aquél, de los asesinos.

(Señalando á la derecha. Casi todos los *Caballeros,* y el *Príncipe* con ellos, toman plaza en las sillas dispuestas al efecto, á la izquierda.)

DON ÁLVARO

(Entrando, al *Rey* que le sigue inmediatamente.)

Este es el viejo solar
de Estúñigas y Guzmanes.

(Va entrando el séquito del *Rey*: entre el séquito, *Reina Isabel,* dama *Catalina,* dama *Rosa Sol, Doña Juana Mendoza, Doña Elvira Sandoval, Condesa de Medina, Conde Palacios, Conde de Plasencia, Montoro, Juglar, Silvia, Nuño, Mari-Barba, Morales, Criados, Caballeros, Villanos,* etc.)

REY

(Al *Condestable.*)

Maestre: nuestros afanes
nos ha costado llegar.

DON ÁLVARO

¡Quedan más!

REY

Siempre anunciáis
trabajos.

DON ÁLVARO

(Desde el centro de la sala á *Doña María*, con gran dominio de sí mismo.)

Pero ¿qué os pasa,
señora, que no le dais
juro al Rey de vuestra casa?

DOÑA MARÍA

(Con suprema dignidad, muy dueña de sí también.)

Condestable: en el seguro
de mi castillo, esta vez
no entra el monarca, entra el juez,
y el juez siempre tiene juro.

REY

(Pasando á saludar á sus enemigos, mientras los de su Corte se van acomodando en los estrados de la derecha. Al *Condestable.*)

¡Oh, Condestable! abreviad
cuanto podáis la fatiga
de este paso.

DON ÁLVARO

Vuestra honra...

REY

Mi honra está cansada.
(Poniendo la regia mano en el hombro del *Príncipe.)*
Digan
lo que quieran lenguas, Príncipe,
yo siempre tengo alegría
de verte; tú también das
muestras de estar con fatiga.
(Avanza unos pasos. A *Doña María,* saludándola de un modo galante y señoril.)
Os juro que os tengo en tanto
afecto, Doña María,
que ver por vos contra mí
mi sangre, me causa envidia.

DOÑA MARÍA

Perdonad, Rey, que no sepa
escuchar sin maravilla
que esté contra vos, estando,
como estoy, con la justicia.

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

(Haciéndose visible al *Rey.)*
¡Contra vos nunca!

REY

(Finamente irónico.)
Ya entiendo,
Estúñiga: no va fría

la empresa de aquellos pagos
de las rentas de tu villa.

SANTILLANA

(Adelantando á su vez, cortesano.)

Primero que contra vos...

REY

(Afable, un poco displicente.)

Santillana: ayer decía
la Reina que está orgullosa
de las coplas que le envías.
Vi tu soneto; no encuentro
que peque de ancha la rima;
pero es acabado.

SANTILLANA

Alteza:
me envanecéis...

REY

Tú podrías
cederme un pie que me falta
de una mala serranilla
que hice á tu modo.

SANTILLANA

(Haciéndole acatamiento en la mano.)

¡Señor!...

REY

(Descubriendo á *Vivero,* con ironía marcadamente desdeñosa.)

Vivero: tú, al fin, debías
acabar así. Te he dado
muestras de afecto tan vivas,
que la ingratitud del tiempo
de seguro te tenía
predispuesto contra mí.

VIVERO

No contra vos: hay altivas
cabezas junto á la vuestra.

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

Hay sombras.

SANTILLANA

Hay tiranías
privadas.

REY

(Haciéndoles gesto que callen con la mano, y pasando al *Condestable.)*

¡Bien, bien, dejad
que ahora empezarán las vistas!

DON ÁLVARO

(Al *Rey.)*

La que escojáis vos, señor,
esa será vuestra silla.

REY

Ya os entiendo, Condestable.
(Señalando á la silla que hay en el estrado.)
No hay duda que ésta es la mía;
pero, como veo en ella
este signo, que me indica
que la ha tomado la muerte
tras de dejarla vacía,
su jerarquía no niego
yo, que hago las jerarquías;
siendo el Rey, á los pies de ella
colocaré yo mi silla,
que, al cabo, es mortal un rey,
y aunque mi frente esté ungida,
donde está la muerte tiene
la muerte la primacía.

DON ÁLVARO

(En pie, entre ambos grupos de parciales; solemnemente.)
Para el Rey y por el Rey
declaro abiertas las vistas.
Queden, haciendo la sala,
por los farautes, Castilla;
por los contadores, Castro;
por los pajes, los del día.
De mi casa, yo tan sólo;
de las damas, las que elija
la Reina, si viene en ello;
que, al fin, su presencia explica

ser dama quien nos hospeda;
los demás, hagan salida,
que el Rey da venia y les tiene
merced de la compañía.

(Movimiento en la sala; mientras se acomodan los que han de asistir al acto y salen los restantes, *Don Alvaro* da todavía sus órdenes al *Conde Palacios.)*

Cuanto al aposentamiento
del Rey, esta orden escrita,
sin poner ni quitar nada,
cumplirás. Te va la vida.

(Le da un pliego. Sale el *Conde Palacios* después de los demás. Dos *Pajes* del *Rey,* que quedaban á la puerta, la cierran trás él.)

REY

No espero que hable el faraute;
yo mismo, Doña María
de Guzmán, os hago instancia
que me digáis en qué os sirva.

DOÑA MARÍA

Y yo no espero que el Príncipe
os hable, por mí, en las vistas;
que lo que cualquier vasallo
de un monarca esperaría,
no daréis lugar que el Príncipe,
siendo vuestro hijo, os lo exija:
justicia os pido, señor,
y es bien poco que la pida.

(Aprueban los parciales de *Doña María.)*

REY

¿Tan remiso y parco andáis,
Condestable, en la justicia,
que están sin ella las nobles
ricas-hembras de Castilla?

DON ÁLVARO

Alteza: cuando la muerte
de su hijo, Doña María,
por ser justicia en su causa,
rechazó vuestra justicia.
Y aunque es fuero de su casa,
que olvidado se tenía,
no siendo el monarca yo,
todos los fueros me obligan.

REY

¿Y á ello respondéis?

DOÑA MARÍA

Que es cierto,
Alteza: que hice justicia
en mi causa, según fuero
de mi estirpe, por mí misma.

REY

Y ¿habéis hallado?

DOÑA MARÍA

Y hallé.

REY

¿Tenéis pruebas?

DOÑA MARÍA

Infinitas.

(Murmullos y comentarios entre los parciales suyos.)

REY

¿Sentencia?...

DOÑA MARÍA

De vos la espero.

REY

¿No dudáis?

DOÑA MARÍA

¡Necio sería!

REY

Y ¿es grande el culpable?

DOÑA MARÍA

Tanto
como el odio que me inspira.

(Mayor desaprobación entre los parciales suyos.)

REY

Doña María Guzmán:
decid, en nombre de Dios,

el del culpable, y os juro
que he de sentenciarle yo.

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

¡Vivero: hablad!

(Murmullos de una y otra parte.)

DON ÁLVARO

¡Callen todos!

SANTILLANA

(A *Estúñiga.*)

Es dama y el corazón
manda en ella.

VIVERO

(Desde su sitio á *Doña Maria,* gritando.)

¡Antes que el nombre
decidle la condición
de la sentencia, y el modo
como he de cumplirla yo!

(Aprobación de sus parciales. Indignada, yendo á él.)

DON ÁLVARO

¡Alonso Pérez Vivero:
sabed que no puso Dios,
ni modos en las sentencias
ni en la muerte condición!
La justicia es una sola,
y pues el Rey, mi señor,

quiere hacerla, ¡ otros le pongan
condiciones, que yo no!

(Tumulto.)

REY

¡ Esta es mi Castilla ! ¡ Hablad,
que se agranda el corazón!

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

¡ Cuidad que tenemos pacto,
Doña María; que no
somos con vos fuera de él!

DOÑA MARÍA

¡ No hay pactos con el honor!

(Movimiento entre sus parciales.)

¡ Si estoy sola, es que vosotros
no llegáis adonde yo!

(Avanza unos pasos hacia *Don Alvaro:* espectación.)

¡ Condestable de Castilla!
Gran Privado, gran señor
de las honras castellanas,
aunque os abortó Aragón:
¿qué habéis hecho de mi sangre?...
Un hijo tenía yo
que, si no adorara en él,
non tuviera corazón;
tan tierno que, por no verle
llorar, no lloraba yo;

tan fuerte que, entre sus puños,
toda mi vida metió;
tan noble que, al nacer él,
creció en Castilla el honor.
¿Qué habéis hecho de mi sangre,
mal-nacido en Aragón?
Si os engendró una villana,
¿qué culpa tenía yo?
El hijo que aquella noche
me matasteis á traición
me está diciendo que os llame,
delante del Rey, traidor.
Condestable de Castilla:
¡no muera en Castilla yo,
si la sangre de mi muerto
no cae toda sobre vos!

(Vivos movimientos de animosidad en el bando del *Rey.)*

PLASENCIA

(Indignado.)

¡Injuria!

DON ÁLVARO

(Con serenidad y con imperio.)

¡Nadie se mueva
que no sea de mi casa!
Si he quedado solo yo
para defenderme, basta.
Sois madre, Doña María
de Guzmán, madre, y es santa

vuestra pasión, con que fuerzas
para evitarla me faltan.
Vuestra acusación es tal,
que me deja sin palabras.
Tenéis pruebas infinitas,
dijisteis, para apoyarla;
sois feliz, Doña María,
que con una sola basta
para condenarme. Vuestro
me tenéis para la causa
el día que la señale
Pero López de Guevara,
Justicia Mayor del Rey;
y estaremos en la sala
el Justicia, vos y yo
aquel día.

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

(Entre los murmullos de los suyos.)
¡Fecha larga
para acusación tan breve!
(Más murmullos.)

REY

(Con mucha calma, dominando á la asamblea.)
Condestable: yo me holgara
de no aplazar la verdad
y ver hoy mismo la causa.

SANTILLANA

¡Yo soy con el Rey!

VIVERO

(Vivamente, sujetándole por el brazo.)
¡Callad!

(El *Príncipe* se acerca á la puerta, como disponiéndose á salir; *Vivero* se le reúne alerta; desde este instante no abandonan el primer término estas dos figuras.)

DON ÁLVARO

Rey Don Juan: no hay fuerza humana
que me aparte de lo dicho;
vuestro servicio lo manda.

REY

Mi servicio es la justicia,
y no hay razón de aplazarla.

DON ÁLVARO

¡Rey Don Juan!

DOÑA MARÍA

Si fuera cierta
vuestra inocencia, ¿os negarais,
Condestable?

DON ÁLVARO

(Agriado, como quejándose de *Doña María;* con pasión.)

Si burlar
la justicia me importara,
¿os diría á vos que fuerais
parte conmigo en la sala?

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

(Saliendo al centro, como retando al *de Luna.)*

¡No es válida la sentencia
que pronuncie el de Guevara,
porque os debe el cargo á vos!

DON ÁLVARO

(Respondiendo al reto; con indignación noble.)

¡Mentís vos si ponéis mancha
en el honor de un ausente
que es justicia del Monarca!

(Transición á *Doña María.)*

Cuanto á vos, si sospecháis
de vuestro juez, siendo dama,
vos misma sentenciaréis:
¿queréis más en mi descarga?

DOÑA MARÍA

¡Sí; que mi sed de justicia
abreviéis teniendo el agua!
porque hoy sois mío; y de vos,
¿quién me responde mañana?

DON ÁLVARO

¡Mi palabra!

(Murmullos entre los caballeros.)

REY

¡Oh, Condestable,
vuestra terquedad me cansa!

DON ÁLVARO

¡Rey Don Juan!

PRÍNCIPE

(A *Vivero.*)
Le harán hablar
¡y nos condenan si él habla!

VIVERO

No, mientras tenga yo el medio
de arrojarle de la sala.

(Empujando á los caballeros; abriéndose paso hasta el *Rey,* llamando sobre sí la atención de todos los presentes; con la audacia irreflexiva de los que juegan su vida á un solo dado.)

Alteza: cuando así acusa
una rica-hembra agraviada;
cuando un Condestable, así,
con resistencias sin causa,
á una acusación sujeta
lo que un fallo le soltara;
cuando no evita sospechas,
Rey, la voluntad más cándida,
hay sólo un medio que acabe
con todas las suspicacias:
¡la prisión para el culpado,
mientras las pruebas se fallan!

(Se acerca al *de Luna;* se ve vacilar al *Rey,* ganado por el gesto decisivo de *Vivero* y por los gritos de aprobación de sus parciales.)

¡Señor: mis manos esperan
que pronunciéis la palabra
para ejecutar!

VOCES DE LOS PARCIALES

¡Prisión!
¡Prendedle!... ¡Prendedle!

DON ÁLVARO

(Midiendo el peligro; viendo la vacilación del *Rey* y deshaciéndose bruscamente del de *Vivero,* que ya casi le tiene cogido.)

¡Basta!
¿Seré necio, soportando
tanta sinrazón? ¿Infaman
mi lealtad vuestros odios
cuando más sirvo al Monarca?
¿Y me acusáis? ¿Y sois vos,
vos, vos, serpiente villana?...
¡Morales: abre esas puertas,
que mi paciencia se acaba!

(El *Paje* abre ambas puertas y aparecen las almenas tomadas por gentes de armas. Indignación y asombro en todos, menos en *Don Alvaro.)*

Ahora avanzad; ahora haced
injuria al Monarca en mí,
¡y correrá songre aquí
con que aplaque vuestra sed!

REY

(Indignado, vuelto al *Condestable.)*

¿Armas tragisteis?

SANTILLANA *y* VIVERO

¡Traición!

DOÑA MARÍA

Y ¿aún pediréis que demuestre,
después de esta humillación,
vuestras traiciones, Maestre?

REY

Los pactos que yo sellé
con mi honor, nó con mi sello,
atropellasteis, porque
no cumplirlos fué atropello.
Condestable... Habéis usado
de mi merced torpemente;
con infamia habéis llegado
á mi corona en mi frente;
y con tales atropellos,
entre estos nobles que odiáis,
de tal modo me dejáis,
que soy el último de ellos.
Decid: ¿por qué miserable
temor, por qué villanía
tuerce una palabra mía
la traición de un Condestable?

DON ÁLVARO

Rey: vos sois grande. Castilla
no os tachará de traición,

porque sois la encarnación
del honor en vuestra silla;
no os puede manchar el nombre
todo el fango de esta mano;
que no hacen á Dios villano
las villanías del hombre.
Pero en las viles acciones
¿qué os quedaría que hacer,
Rey, no pudiendo oponer
traiciones á las traiciones?
Para ello el Cielo me dió,
si á vos no, la facultad;
y para ello, majestad,
soy vuestro criado yo.

(Se acerca más al *Rey*. Empieza á dominarle con el acento persuasivo, con la grandeza de espíritu y el gesto.)

Si me acusan de atropellos
vuestros vasallos, señor,
no me quejo, que mi honor
no tiene las leyes de ellos;
pero, si vos me acusáis
cuando los nobles me acusan,
ello, aun cuando vos lo hagáis,
mis oídos lo recusan.
Soy un alma, no una lanza
que mováis á vuestro grado;
no me dais vuestro mandado,
sino vuestra confianza.
Y así, Rey, habéis tenido

un liviano ofuscamiento
y, sin quererlo, habéis sido
menos grande que el momento.
Pudisteis pensar, señor,
que, cuando así procedía
un maestre, no sería
por gusto suyo traidor.
Sin armas pactóse, es cierto,
que á las vistas se vendría;
pero, en las vistas, hoy día,
lo más grave es lo encubierto;
y yo no conozco ley
que mande á tus servidores
traer indefenso al Rey
¡á discutir con traidores!

DOÑA MARÍA

¡Santillana: está lanzada
la injuria! ¿Por qué calláis
y, aunque os quitaron la espada,
con vuestros puños no habláis?

DON ÁLVARO

Callarán de todos modos,
noble dama, y es razón;
que, como hablé de traición,
todos sospechan de todos.
Pero no; yo corro á daros
respiro. Pérez Vivero:
mostradle al Rey que no quiero,
sin tener causa, injuriaros.

DOÑA MARÍA

¡Es él!

DON ÁLVARO

Tacháis al de Luna
porque armas trajo. Ahora ved
cómo éste tuvo en merced
de quedarse con alguna.

VIVERO

¡Lo niego! ¡me calumniáis!
(A sus parciales, reclamando su auxilio.)
¿Y vosotros veis callados...?

DOÑA MARÍA

(Interviniendo con noble indignación.)
¡No; mandaré, si os negáis,
que os desnuden mis criados!

DON ÁLVARO

(Con desdén y con imperio.)
¡Mis lanzas!...

VIVERO

(Entregándose, al ver que no le defienden los suyos y que el *Príncipe* calla.)
¡No faltan ya!
(Entrega á *Don Alvaro* una daga.)
Mas ved que, si la ocultaba,
bien estaba donde estaba.

DON ÁLVARO

(Tomándola.)

Mejor está donde está.

(Leyendo la inscripción de la hoja.)

"Por tu poder al poder,"
dice esta daga; y así,
yendo destinada á mí,
mía tenía que ser.

VIVERO

Si os la destiné, Privado,
no me faltaba razón.

DON ÁLVARO

¡No! Y esta es la explicación,
Alteza, de mi atentado.

(Desdobla un pliego.)

Ahora hacedme la merced
de preparar vuestro juicio,
caballeros, que es servicio
del Rey Don Juan. Atended:

(Lee.)

"Al Príncipe Don Enrique
y á toda la noble gracia
de su Alteza. Salud siempre.
En Peña-Roa no hay nada
que pueda estorbar las vistas,
con que es forzoso arrostrarlas.
Si teméis al Condestable,
razón de más en mi causa;
venid á vistas que, al cabo,

á mal paso grande audacia.
Yo no temo que el de Luna
pueda acusarnos; mas, si habla,
para abreviarle razones,
tendré yo muy buena daga.
Si las vistas dan su fruto,
el Rey dará, al cabo, cartas
que prendan al Condestable,
y yo he de entrar en la danza,
que está acordado que yo
le guardaré; no se vaya
vuestra Alteza de la lengua,
que yo me iré de la daga;
piense que en esto son buenos
los muertos, en que no hablan.
Vea, pues, que nuestro asunto
no lleva tan mala marcha.
Todo esto con la Guzmán
irá ganando su gracia,
que aunque es belleza en la tarde,
aún da envidia á las mañanas.
De vuestro siervo humildísimo,
dado en Peña-Roa...

DOÑA MARÍA

¡Basta!
que, aunque de traidor, ofende
saber que hay nombre que ampara
tanta villanía...

DON ÁLVARO

(Acabando de leer.)

"Alonso
Pérez de Vivero." La carta
no dice más.

(Don Alvaro entrega el pliego al *Príncipe.)*

Con retraso
llega, Alteza, á vuestra gracia;
mas bien castigué al criado
que se da tan malas mañas
para serviros: cayeron
sobre su espalda mis lanzas
y le prendieron.

DOÑA MARÍA

Exijo
que me expliquéis...

DON ÁLVARO

Noble dama:
yo explicaré. Don Enrique,
el Príncipe que os ampara;
Don Alonso, vuestro hijo
(y en ello veréis la causa
del celo que por él muestra),
y el de Vivero tramaban
un alzamiento en el reino
para quitarle al Monarca
la corona.

(Sensación. *Don Enrique,* con sinceridad, y *Vivero* al mismo tiempo que él.)

PRÍNCIPE *y* VIVERO

¡Es impostura!

DON ÁLVARO

(Acercándose al *Príncipe;* dominándole con los ojos y con el tono imperativo y persuasivo en que le habla.)

Y de este *asunto* os hablaba,
Príncipe —pensadlo bien—
el de Vivero en su carta.
Por eso os dice *son buenos*
los muertos, en que no hablan;
porque, Don Alonso muerto,
nadie por él sabrá nada...
¿No es cierto?

PRÍNCIPE

Vos lo decís...

DON ÁLVARO

Yo lo digo; mas no basta;
algún sentido he de darle
á esta frase en esta carta.

DOÑA MARÍA

¡Hablad, Príncipe!

DON ÁLVARO

Dejadle.
Ved, Alteza, que la gracia
del Rey, si con un vasallo
se ejercita sin forzarla,

con un hijo el mayor crimen
la halla pronta. ¿No os hablaba
de esta liga contra el Rey
Pérez Vivero en su carta?
¡Responded!

PRÍNCIPE

(Como sugestionado.)

Sí.

DON ÁLVARO

(Triunfalmente, á la asamblea.)

Ya escuchasteis:
Rey, apercibid la gracia.

REY

(Con severidad.)

Haced vos según la ley,
que ella está sobre el monarca.

DON ÁLVARO

(Habida venia del *Rey.*)

Alonso Pérez Vivero:
sois preso.—Alteza: mañana,

(Recalcando las palabras para que éste comprenda el doble sentido que tienen.)

haciendo á Dios juramento
de hablarme verdad, y en sala
secreta conmigo, en este
asunto de que él os habla,
me diréis qué parte tenga
Vivero; porque me tarda

de hacer tal justicia en él,
que acabe con él la casta
de criados ambiciosos.

(Inclinándose ante el *Rey.*)

Con vuestra venia, Monarca.

(Dirigiéndose á la asamblea.)

Y en esto van mis excusas
de venir aquí con armas.
Alteza, Doña María,
creo que con esto basta.
¡Concluyeron estas vistas!

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

¡Por sorpresa!

SANTILLANA

¡No son válidas!

(*Vivero* va á retirarse.)

DON ÁLVARO

(A *Vivero* al paso.)

Y sabed que si andáis suelto,
aunque os vigilen mis lanzas,
es por no ofender con grillos
la lealtad de la casa.

(Volviéndose á *Doña María.*)

Mas, como respondo de él,
y está en mi guarda el Monarca,
Doña María, las llaves
del castillo y sus entradas
le pediré á vuestro alcaide;

no creo que ha de negarlas.
Y tendré á honor, mientras dure
en Peña-Roa la estancia,
siendo alcaide de ella, ser
criado de vuestra casa.

(Se inclina el *de Luna* y sale después de hacer reverencia. Quedan en escena *Doña María* y sus parciales.)

SANTILLANA

Ya os dije yo que el de Luna
no les temía á las vistas...

DOÑA MARÍA

Y yo que Pérez Vivero
era un traidor.

(Al *Príncipe.)*

Señoría:
si es verdad que con Alonso
de Guzmán hicisteis liga,
todas las palabras suyas
las mantengo como mías.
Señor... En mi estancia, á solas,
os quiero esta noche misma
recibir; de vuestros labios
saber quiero en qué mentiras
la astucia del Condestable
se apoyó para estas vistas.
¿Acudiréis?

PRÍNCIPE

(Con esperanza, con entonaciones apasionadas que no extrañan á nadie en la situación.)

Acudir
os juro, Doña María.

DOÑA MARÍA

¡Ah! se romperá el nublado.
Caballeros de mi liga:
yo os suelto de todo pacto;
que es cárcel la casa mía,
y donde mandan cadenas
la fidelidad no obliga.

(Subiendo las gradas del estrado.)

Y si el corazón no engaña,
y si en esta noche misma
rompe una tormenta el cerco
de nubes que nos domina,
decidle al Rey, caballeros,
decidle al Rey y á Castilla,
que ha sido el rayo esta espada
y el vendaval mi justicia.

(Toma la espada y, llevándola abrazada sobre su pecho, inicia la salida hasta su estancia.)

TELON

ACTO TERCERO

El ala del castillo que tiene reservada para sus habitaciones *Doña María López de Guzmán y Estúñiga.*

Es la noche misma del día en que han tenido lugar las vistas.

En la escena se representa la antecámara de dichas habitaciones. Tiene, al fondo, una puerta con tapiz brocado que da ingreso á ella. En el rincón derecha, una enorme reja cuyos portones estarán abiertos y, á través de la cual puede verse un cielo sereno, de primeras horas de la noche, que ilumina una luna clara.

Desde la rinconada viene el muro lateral derecha hasta primer término. En este muro las molduras y decorados toscamente góticos de la piedra disimulan en absoluto una puerta secreta que ha de jugar en el momento oportuno.

El muro de la izquierda forma ángulo abierto con la pared del fondo. En dicho muro hay una puerta con dos hojas, una de las cuales estará abierta, comunicando con las habitaciones propiamente dichas de *Doña María.* Junto á dicha puerta está, con lanza en ristre y gran plumaje negro la armadura completa de *Don Alonso.* En la hoja cerrada de la puerta, la espada del muerto, que figuró también en el acto anterior.

Habrá entre la reja del fondo y la puerta de ingreso una mesa capaz y alargada.

A la izquierda, en primer término, otra mesa con tapız vellutado verde.

Sillas junto á estas mesas; bancos de roble y cuero por la escena.

Al levantarse el telón se hallan en escena, sentados ó de pie, junto á la mesa del primer término: *Juana Mendoza, Condesa de Medina, Elvira Sandoval* y *Conde Palacios.*

DOÑA JUANA MENDOZA

Pero ¿no dijiste, Lacios,
que saldría á hacernos sala
Doña María?

PALACIOS

Yo dije
que me han dicho que cenaban
esta noche, aquí, con ella
sus parciales.

ELVIRA SANDOVAL

Pues amaina,
si pensabas hacer mesa,
Conde Palacios, las ganas.

PALACIOS

¿Llegamos á misas dichas?

ELVIRA SANDOVAL

No; sino á mesas alzadas.

PALACIOS

Es cierto. Y ¿adónde voy
á estas horas?... El Monarca

quedó, al cabo, en el castillo;
no ha salido de su estancia,
ni para la cetrería,
ni para el alarde de armas,
y él suele cortar de noche
su buena carne afumada...
Es el momento de hacerle
reverencia.

ELVIRA SANDOVAL

(Teniéndole de la manga.)

No hay posada
con el Monarca, Palacios.
Hubo, al parecer, borrasca
entre el de Luna y la Reina;
la montería, que estaba
pintiparada, aplazóse;
y las puertas de la estancia
regia están, toda la tarde,
á todo el mundo cerradas.

PALACIOS

Pues ¿qué hago yo?

ELVIRA SANDOVAL

Pasar hambre.

DOÑA JUANA MENDOZA

¡Los héroes no comen!

PALACIOS

¡Basta!

De esta hecha, se acaba todo.
Palacios, de aquí no pasas.

(Levantándose irritado.)

¿Venís? Porque ya estoy harto
de vuestros caprichos, damas.

ELVIRA SANDOVAL

¡Conde Palacios!...

DOÑA JUANA MENDOZA

Dejadle,
que él tiene la puerta franca.
Vete en paz, Conde Palacios;
que á fe que no ha de hacer falta
quien, al salir, nos ampare
con su brazo y con su espada,
estando entre caballeros
y estando aquí Santillana.

PALACIOS

¡Oh, Santillana! Ya has dicho,
finalmente, Santillana.
"Marqués..." "Me han dicho, Marqués..."
"¡Oh, Marqués!..." Todas las damas
le dan del Marqués á pasto,
porque de Francia y de Italia
se trae los usos y viste
con tan extrema elegancia
que es un portento... ¿Un portento?
¿Quién dice que esta mañana

estaba en punto de vistas
—que, al cabo, es audiencia magna
de justicia—aquel ropón
brochado, al modo de Italia,
sin aforros? ¡Comparadlo
con el traje á nuestra usanza,
vellud vellutado y pieles
que el de Cameros llevaba,
y decidme, y yo me rijo
por vuestra sentencia, damas,
quién acertó de los dos.

DOÑA JUANA MENDOZA

Conde Palacios: me cansas.

PALACIOS

Pero ¿qué hacemos aquí?

DOÑA JUANA MENDOZA

Tú has de verlo. Vine á caza
de noticias, y no dejo,
así me aspen, esta sala
si no me marcho con ellas.

PALACIOS

La dueña no lleva trazas
de recibiros.

DOÑA JUANA MENDOZA

Me quedan
sus parciales.

PALACIOS

¿No ves, Juana,
que nos han dejado solos
y que, para hablar, se apartan
de nosotros?... Saben ellos
que tenéis la confianza
del de Luna y os esquivan:
dejemos para mañana
las pesquisas.

DOÑA JUANA MENDOZA

¡Hoy serán,
que es cuando todo se trama!

PALACIOS

Pues, si no amanece Dios,
no creo que medres, Juana;
que no han de hablar ellos, con
la enemistad que os separa.

DOÑA JUANA MENDOZA

Somos damas, y no hay
enemistades con damas.

PALACIOS

Eso ha de verse.

DOÑA JUANA MENDOZA

Ahora mismo.

PALACIOS

No sé cómo.

DOÑA JUANA MENDOZA

(Volviéndose y llamando con voz melosa.)

¡ Santillana !

PALACIOS

¡ Oh, no podía faltar !...

(Imitando la entonación de la *Mendoza.)*

"¡ Marqués !"

DOÑA JUANA MENDOZA

(A *Santillana,* que viene á su encuentro.)

Marqués...

SANTILLANA

(Besándole la mano.)

Doña Juana.

(Besa en seguida la mano á *Elvira Sandoval* y á la *Condesa de Medina,* que han seguido á la *Mendoza.* El *Conde Palacios* dice, un poco contrariado, observando á *Santillana.)*

PALACIOS

Y no entiendo... El mismo corte...
la misma estofa en las mangas...
¡ Pero no vale, no siendo
el Marqués de Santillana !

SANTILLANA

¿Tan pronto os vais?...

DOÑA JUANA MENDOZA

No pudiendo,
ya que cuidados la embargan,
saludar á la Guzmán,
nos recogemos.

SANTILLANA

(Después de mirar por la reja del rincón.)

Miraba
cómo está de luz el cielo,
para deciros mañana
cuánta claridad le quitan
tres estrellas que se apagan.

ELVIRA SANDOVAL

Estáis galante, Marqués.

SANTILLANA

¿Pues hoy las verdades pasan
por galantería?

DOÑA JUANA MENDOZA

¿Visteis
si Doña María estaba
satisfecha de las vistas
que tuvimos de mañana?

SANTILLANA

¡Oh, no me habléis de las vistas,
que es crueldad, Doña Juana,
ahora que las gozo buenas,
el recordarme las malas!

CONDESA DE MEDINA

Dejar con sus desventuras
á la Guzmán en su estancia
no es humano... ¿Qué hará sola?

SANTILLANA

¡Oh, reza, que se le pasan
las horas sin darse aliento!
Y ya es cosa aparejada
con la desventura el rezo;
que, al cabo, es la voz del alma.

CONDESA DE MEDINA

¿Vosotros rezáis también?

SANTILLANA

Nosotros le hacemos sala
de respeto; que, aunque está
Doña María en su casa,
como vuestro Condestable
la tiene toda tomada,
no era razón al arbitrio
de su enemigo dejarla.

DOÑA JUANA MENDOZA

No es su enemigo el de Luna.

SANTILLANA

Ya me han dicho que ordenaba
ronda para la alta noche,
y que él mismo va á llevarla.

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

Santillana: no digáis
lo de la ronda á las damas,
que, como ninguna sabe,
siéndoles nueva la estancia,
si en ella hay puerta secreta,
no dormirán con el ansia.

ELVIRA SANDOVAL

¡Y es cierto!

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

Yo os aseguro
que estoy sintiendo en el alma
no ser parcial del de Luna,
porque esta noche cargaba
con las llaves de la ronda.

DOÑA JUANA MENDOZA

¡Váleme, Dios, qué palabras
atrevidas!

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

¡Castigadme
sin compasión por la audacia!

DOÑA JUANA MENDOZA

Bien lo merecéis, Estúñiga;
pero me faltan las armas.

SANTILLANA

Pues ¿no es en los ojos donde
lleváis los filos las damas?

DOÑA JUANA MENDOZA

Vos no me habléis ya, Marqués;
porque me marcho con rabia
viendo que guardáis secretos
para mí.

SANTILLANA

Pues ¿qué guardara
de vos, si no, cuando veo
que estáis ganándome el alma?

DOÑA JUANA MENDOZA

Estas maneras, Marqués,
son las que traéis de Italia;
al que disgustáis con hechos,
contentarle con palabras.

SANTILLANA

¿Que pude yo disgustaros...?

(Entra con el rostro velado *dama Catalina;* mira á todas partes; el *Marqués* calla al verla; *dama Catalina* se le acerca.)

CATALINA

¿Doña María...?

SANTILLANA

En su estancia.

(Rápidamente y sin añadir palabra, sale *dama Catalina* por la lateral izquierda.)

CONDESA DE MEDINA

¿Quién es?

SANTILLANA

(Encogiéndose de hombros.)

Llevaba tal paso...

DOÑA JUANA MENDOZA

¿No era Catalina, dama
de la Reina?

ELVIRA SANDOVAL

Tal parece.

DOÑA JUANA MENDOZA

(A *Santillana.)*

Pues ¿por qué se recataba?

(Santillana vuelve á encogerse de hombros.)

¡Oh, tampoco respondéis!

Vamos, vamos, que me amarga
tal descortesía en vos.

(Los caballeros se inclinan saludándolas.)

¿Qué haces, Palacios? ¿Qué aguardas?

(Levantando con sus propias manos la cortina.)

Si he de servirme yo misma,
¿para qué nos acompañas?

(*Palacios,* que está distraído, acude á quitarla el cortinón de las manos, muy irritado.)

PALACIOS

¡Oh, se acabó de esta vez!
¡Palacios: de aquí no pasas!

(En cuanto cae el tapiz, los caballeros, con aire de gran secreto é interés, vienen á primer término, rodeando á *Santillana* y *Estúñiga.)*

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

¿Era dama Catalina?

SANTILLANA

La misma.

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

Ya es indudable,
Marqués, que toca á su ruina
la fuerza del Condestable.

SANTILLANA

¿Pensáis vos?...

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

Puesto que viene
de nuestra Reina la dama,
ya es cierto que el Rey se aviene
á ser parte en nuestra trama.

SANTILLANA

Mucho creo que ha durado
con el Rey la discusión.

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

Tres veces dió y ha negado
el mandato de prisión.

SANTILLANA

Pero, al fin...

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

Pues ha venido
Dama Catalina, creo
que se nos cumplió el deseo.

SANTILLANA

Así estaba convenido.

(Aparece en la puerta de su estancia la noble figura de *Doña María,* apoyada en el hombro de *Dama Catalina,* que inclina su rubia cabecita acariciándole la mano.)

DOÑA MARÍA

Aquella fiera señal
de acabar un poderío

diola el Rey, y es su final;
pero es el comienzo mío.
Dióme palabra y cumplióla
la Reina: en mí confiad
y esta cámara dejad,
porque me importa estar sola.

SANTILLANA

Saldré con mis caballeros,
pues que lo mandáis; mas no
olvidéis que *alguien* os dió
su fe de venir á veros.

DOÑA MARÍA

El Príncipe... que tenía
sed de preguntarle yo,
qué parte mi hijo tomó
en los intentos que hacía;
mas, como la noche está
más de su cuarto avanzada,
temo que él no cuidará
de la palabra empeñada.

SANTILLANA

De todas suertes, os ruego,
si viene y le interrogáis,
que sus palabras oigáis
para repetirlas luego;
que bien pudo el Condestable
á vuestro hijo calumniar

con intentos de probar
que ha sentenciado á un culpable;
pero ved que, aunque existiera
el trato que habéis oído,
nunca el de Luna ha podido
proceder de esta manera.

DOÑA MARÍA

Santillana: aunque esté lejos
de enojarme, yo os porfío
que no he menester consejos,
porque el muerto era hijo mío.

SANTILLANA

(Besando su mano y saliendo con los demás caballeros.)

Señora: y yo os juro en Dios
que, aunque apasionado os hable,
es por devoción á vos...

DOÑA MARÍA

Y por odio al Condestable.

(Han salido los caballeros; se vuelve á *Catalina.)*

Catalina: en ti confío,
que, al cabo, en esta misión
te ha metido el corazón...

CATALINA

¡Que era suyo... y ahora es mío!

DOÑA MARÍA

Estos no; que, cuando están
más entregados á mí,
les estoy viendo que así
sirven mejor á su afán.

(Vuelta á la armadura de *Don Alonso.)*

Y se alegran si hubo manos
capaces de asesinarte,
porque tremolan, ufanos,
mi luto por estandarte.

CATALINA

(Acariciándola y reprimiendo el propio dolor.)

No estéis triste.

DOÑA MARÍA

No es tristeza:
es el alma, que procura
ir soltando la ternura,
para guardar la entereza.
Que aquel punto, aquel instante,
aquel fin de mis porfías
que he anhelado tantos días,
voy á tenerlo delante.
Y con la orden que pones
en mis manos, Rey Don Juan,
dirán verdad las traiciones,
los silencios hablarán;
sabré qué mano malvada

dió principio á mi aflicción,
y en qué bajo corazón
he de clavar esta espada.

CATALINA

Ya la Reina, cuando ha dado
el Rey, cediendo á su ruego,
orden de traer el pliego
de prisión contra el Privado,
dijo: "Espero que esto llene
de gozo á Doña María;
porque ella tendrá alegría
con el odio que le tiene."

DOÑA MARÍA

¡Pues mintió!...

CATALINA

(Ingenuo asombro.)

¿No le odiáis vos?

(Pausa. Deja *Doña María* pasar por su figura un breve instante la lucha oculta de su corazón.)

DOÑA MARÍA

No sé; mas, de cualquier modo
que sea, ello toca á Dios...
¡y Dios lo comprende todo!

(Se aleja. *Dama Catalina* la sigue con la vista un poco desconcertada.)

¿En tardarse así quedó
la Reina?

CATALINA

Sólo aguardaba
la orden cuando vine yo;
y el Rey firmándola estaba.

DOÑA MARÍA

Y tú ¿no pudiste ser
quien la trajera?

CATALINA

Fué empeño
de la Reina.

DOÑA MARÍA

Fué pequeño
sentimiento de mujer.

CATALINA

Como el de Luna ha dispuesto
ronda esta noche, me dijo
que ella vendría, y de fijo
que anduvo acertada en esto;
que pienso que á su persona
no hay quien atreverse pueda,
hoy que, en Castilla, no queda
más freno que la corona.

DOÑA MARÍA

Pero ¿esta tardanza?... ¿Acaso
le habló después el Valido?

CATALINA

Va en la ronda y no ha podido...

DOÑA MARÍA

¡Baja la voz... oigo un paso!
(Escuchando á la puerta.)
Llega... se aleja otra vez...
¡Ay de ti, Rey castellano,
si vuelve á olvidar tu mano
que el Rey, en Castilla, es juez!

(*Catalina* se acerca á la reja del rincón, inquiriendo desde ella en la obscuridad.

¿Qué ves?

CATALINA

La ronda en el foso.

DOÑA MARÍA

¿Qué más?

CATALINA

Y una luz incierta
cuyo resplandor dudoso
viene ganando esta puerta.

DOÑA MARÍA

¡Por fin!... ¡Abre, Catalina!

CATALINA

(Vacilante.)
Dueña: si me equivocase...

DOÑA MARÍA

(Yendo ella misma á la puerta y alzando el tapiz.)

¡Pues tendré yo, por que pase
mi justicia, la cortina!

(Entra la *Reina,* acompañada de un *Pajecillo* que lleva un hacha encendida.)

Alteza: los gritos de esta
rabiosa martirizada
—que, al fin, la sed es martirio
y, al fin, el martirio es rabia—
¿llegaron al Rey?

REINA

Llegaron.

DOÑA MARÍA

Y ¿qué responde el Monarca?

REINA

El responde con las letras
en este pliego trazadas.

(Le da un pliego del que pende el sello real.)

DOÑA MARÍA

Alteza: diréis al Rey
que dejáis en esta estancia
una esclava con cadenas,
que no una madre con lágrimas.
No he de besaros la mano,

Alteza, que, con tal ansia
arde mi agradecimiento,
que al besar, os la abrasara.
La orden que aquí me dejáis
de tal modo me agiganta,
que, en las negruras de un crimen,
con ella haré lumbre clara;
decidle al Rey que me visteis,
con los mis labios besarla:
viene del Rey, y él de Dios,
con que es reliquia sagrada...
Decidle, reina y señora,
que hoy es rey; que hoy reina y manda;
¡que hoy hay justicia en Castilla,
después que perdida estaba!

(Hinca una rodilla y le besa las manos.)

REINA

Levanta, Doña María,
que aunque, si sólo escuchara
lo que dices, no creyera
que estar pudieras más alta,
fuera oprobio, pues te veo
á mis pies, que continuaran
tu grandeza de rodillas
y mi admiración en planta.

(Ayuda á alzarse á *Doña María.)*

Con esta orden que te entrego
deja en tu mano el Monarca,
pues los reclamabas tú,

los cuidados de esta causa.
Mañana, rompiendo el día,
el Rey saldrá de tu casa
con sus hombres y su Corte,
diciendo que sale á caza.
Nada se dirá al de Luna,
como es razón, de esta marcha:
el Rey lo deja á su suerte;
su suerte tú has de fijarla.

DOÑA MARÍA

(Recorriendo el pliego con la vista.)

Y ¿quién ha dispuesto el Rey
que se acercara con armas
á prenderle?

REINA

Tú has de verlo:
de tu propia mano traza,
para menester tan arduo,
el nombre que más te plazca.
Yo dije Pérez Vivero,
que lo hará de buena gana.

DOÑA MARÍA

¡Jamás!

REINA

¿Qué tienes con él?

DOÑA MARÍA

Que nunca veréis que vayan

juntos su nombre y el mío
en empresas de mi casa;
¡que yo por justicia pido
lo que él toma por venganza!

REINA

Pues tú has de ver, que á tu arbitrio
deja este extremo el Monarca.

DOÑA MARÍA

(Desdoblando el pliego junto á la luz, sobre la mesa, lee:)

"A vos...

(Después de pensar un rato toma la pluma y escribe, pronunciando al mismo tiempo:)

Alvaro de Estúñiga";
que, al fin, eres de mi casa
y llevas mi propia sangre;
con que mirarás de honrarla.

REINA

Lo sólo que yo te pido,
que acabes con la privanza
del de Luna; pues no sufro
que, donde yo me bastara
para mandar, manden otros.
Hágase el milagro, y basta.

DOÑA MARÍA

El mismo interés en todos...
¡Qué baja ralea de almas!

REINA

Y con esto que te he dicho,
te dejaré, noble dama;
porque verme entrar pudieron,
y el de Luna no descansa;
y si él logra, estando solo,
ver al Rey, toda la trama
de esta tarde se deshace:
que aún le tiene por el alma.

DOÑA MARÍA

Yo os abriré.—Que al de Luna,
Alteza, no llegue nada
de este paso; que la noche
va con lentitud y es larga,
y él encontraría modo
de hablar en ella al Monarca.

REINA

Descuida, Doña María.

DOÑA MARÍA

(Inclinándose.)

Señora...

(En este instante gira la llave de la puerta secreta, lateral derecha; cede ésta, reciamente sacudida, y entra en escena *Don Alvaro de Luna,* llevando en la mano un haz de llaves.)

DON ÁLVARO

Excusadme, damas.
Iba, en servicio del Rey,

rondando en la fortaleza
por él; que buenos criados
han de velar mientras duerma.
Ignoraba que esta estancia
tuviera puerta secreta,
y abrí, sin pensar; si estorbo
pláticas con mi presencia,
perdonad.

REINA

(Desconcertada.)

Doña María:
abridme, os ruego, esta puerta.

DON ÁLVARO

(Llegando con gesto rápido.)

¡Oh, donde tenéis criados,
ellos os sirvan, Alteza!
Isabel de Portugal:
cuando os escogí por reina,
os dí la mano del Rey;
pero os di mi vida en ella.
Vos erais un lirio entonces;
vuestros labios, rosas tiernas;
jazmines era la frente;
las dos manos, azucenas;
ahora lo veo y me pesa,
no vi entonces, Isabel,
que traje á Castilla flores
¡y traje un áspid con ellas!
A vuestra ambición abrí

un trono, una realeza:
con que no es el primer día,
Reina, que os abro una puerta.

(Abriéndola; la *Reina* calla despechada; el *Valido* se inclina; salen tras la *Reina* el *Paje* y *Catalina,* que habrán asistido mudos á la escena anterior. *Doña María* recoge rápidamente el pliego con la orden del *Rey,* que quedó sobre la mesa.)

Excusad, Doña María,
la intención, ya que no el gesto;
sé que la Reina os ha dado
de parte del Rey un pliego:
lo que en él ha escrito el Rey
mostradme, que aún he de verlo,
para deciros que no hay
Dios de justicia en el cielo.

DOÑA MARÍA

Condestable de Castilla:
primero que hablar, primero
que exigir, primero que
mentar á Dios sin respeto,
decidme qué nueva ley
de honor sirve un caballero
que, abusando del poder
que usurpó, no que le dieron,
como un ladrón en las trazas,
como un traidor en los hechos,
fuerza postigos ocultos,
para sorprender secretos;

decidme si el de maestre
es ya tan villano empleo,
que sirve sólo su manto
para encubridor de reos.

DON ÁLVARO

Aunque pudiera excusarme,
Doña María, no quiero;
forcé, como vos decís,
el postigo; he sido reo
de villanía; no soy
un dios; soy hombre, y no puedo,
cuando me combaten todos,
mirar cómo me defiendo.
Toda Castilla es, señora,
un mar de sangre y de cieno
que alza contra mí la envidia,
huracán de nuestros reinos;
y cuando estoy zozobrando,
¿escogeré los maderos
antes de asirme? ¿Olvidáis
que me va la vida en ello?

DOÑA MARÍA

En otro tiempo los nobles
castellanos escogieron,
antes que vivir sin honra,
servir al honor muriendo.

DON ÁLVARO

¡Muriera yo! ¿qué me importa

la vida, si es sufrimiento?
Ver en cada hombre una peña
donde se os quiebra un deseo;
en cada mano una daga
que os está buscando el pecho;
en cada frente una duda;
un insulto en cada dedo;
en la amistad la amenaza;
en la lisonja el veneno;
¿pensáis que es vivir? ¿pensáis
que es un bien lo que apetezco?
¡Muriera!; pero no, ¡que
cumplo un destino viviendo!

DOÑA MARÍA

Ni yo os estorbo el destino,
ni es mi casa un mar de cieno,
ni se atenta á vuestra vida,
Condestable, en este pliego;
con que esta vez os asisteis
de la tabla antes de tiempo.
(Dando un paso en dirección á su estancia.)

DON ÁLVARO

Pero ¿os vais?

DOÑA MARÍA

¡Esta es mi casa,
Condestable!

DON ÁLVARO

(Cortándole el camino.)

¡Todo el reino
me pertenece, señora,
porque yo le di mi aliento!

DOÑA MARÍA

(Viendo al *Condestable* en la puerta de su estancia; serena.)

¿Qué intentáis?

DON ÁLVARO

No habléis, señora,
en estos trances, de intentos,
que, cuando manda la sangre,
se callan los pensamientos;
si vos le quitáis al hombre
sus armas, que son el ruego,
la súplica, las razones,
¿extrañaréis que, surgiendo
la fiera en lugar del hombre,
sea la fuerza argumento,
sea el instinto razón,
sean árbitros los hechos?

DOÑA MARÍA

Y vos ¿extrañáis, señor,
que, cuando en sazón os veo
que sacáis, no de los hombres,
mas de las fieras, ejemplos,

yo os deje solo, cerrando
las puertas de mi aposento?
Al fin soy dama, y con vos
se han de entender mis monteros.

DON ÁLVARO

¡No pasaréis!

DOÑA MARÍA

¿Ya olvidáis
que á los esforzados pechos
no detienen imposibles,
sino dan sed de vencerlos?

DON ÁLVARO

¡No pasaréis!

DOÑA MARÍA

¿No me veis
que no os temo, ó estáis ciego?

DON ÁLVARO

¡Ciego, señora! que, cuando
otra salvación no tengo
que la villanía, cubro
mis ojos, para estar ciego.

DOÑA MARÍA

Condestable de Castilla:
¡ahora ya os mando, no os ruego!
Porque es noche, porque entrasteis

de modo en este aposento
que pueden veros salir
aunque penetrar no os vieron;
porque soy dama y vos hombre;
porque mi honor anda en ello,
¡quitaos de mi presencia,
ó he de hacer, yo misma, abriendo,
que mis criados os echen
á golpes, como á los perros!

DON ÁLVARO

Doña María Guzmán:
¡ahora ya os mando, no os ruego!
Porque es servicio del Rey;
porque yo le represento;
porque, si él se guardó el manto,
echó sobre mí el gobierno;
porque va en ello mi vida,
¡dejadme ver ese pliego,
ó con mis manos—que son
los dos criados que tengo—
antes que los vuestros lleguen,
os lo arranco de los dedos!

DOÑA MARÍA

(Resuelta, avanzando.)

¡No será!

DON ÁLVARO

(Irguiéndose; intentando apoderarse del pliego y poniendo para ello sus manos en *Doña María.*)

¡Será! ¡No hay paso!

DOÑA MARÍA

(Que, al sentirse asida, ciega de ira y con el pliego en la mano, se hizo atrás.)

¡Ah!... ¡Condestable del reino:
osasteis á una mujer!
¡Sois un villano, os desprecio!

DON ÁLVARO

(Después de un silencio en que ambos quedan frente á frente. *Doña María,* soberbia de ira y de nobleza, condenando con su mirada á *Don Alvaro,* que dejará ver en la expresión de su rostro la transición de espíritu á que hace referencia lo que sigue.)

Esta mirada en mi vida
por segunda vez la encuentro;
si la merecí, señora,
¡bien castigado me veo!
Los poderes de mi mano,
las honras de mi gobierno,
las arrugas de mi frente,
las hebras blancas, que llevo,
no en cuenta del tiempo, en cuenta
de que he vivido sufriendo,
¡todo ardió de esa mirada,
Doña María, en el fuego!
Diez años se van con ella:
mirad qué solo me quedo.

DOÑA MARÍA

Condestable de Castilla:

de bajo venís, pues veo
que á la juventud os llevan
los caminos del desprecio.

DON ÁLVARO

Doña María Guzmán:
desde alto me habláis, pues veo
que no os mudaron de altiva
diez años de sufrimiento.
¿No veis que si yo me mudo
y á mis juventudes vuelvo,
cuando me hablasteis, señora,
como hoy me habláis, de desprecio,
es sólo vuestra mirada
la que me ha metido en ello?
Fueron sepulcro á mi amor
mis diez años de silencio;
si vos levantáis la piedra,
no os asombre que no ha muerto.
Bien sabéis que á tanto amor,
no queriéndole por vuestro,
le di cárceles de nieve,
le di ataduras de hielo;
si hoy, al tocar vuestras manos,
que son mármol y echan fuego,
dejando libre al amor,
hielo y nieve se fundieron,
¿me daréis á mí la culpa
de lo que vos habéis hecho?
Básteos, para no añadir

la compasión al desprecio,
no ver en mis ojos lágrimas,
aunque es agua todo el pecho.

DOÑA MARÍA

¿Qué pretendéis demostrar,
Maestre, con este juego?
¿Que me ganáis en grandeza?
¿Que vos me entregáis un pecho
rendido, para que yo
sea más cruel abriéndolo?
¿Que un amor—nunca aceptado,
Condestable—os da derecho
á injuriar á una mujer,
llegando, infame, á su cuerpo?
¿Qué es en vos verdad? ¿qué es farsa?
¿qué es el alma, y qué es el cieno?

DON ÁLVARO

Todo; que al cabo soy hombre.

DOÑA MARÍA

¡Guardaos los argumentos;
que en mi pecho no han lugar
porque me lo ocupa un muerto!

DON ÁLVARO

Toda mi vida la estoy
viviendo en cada momento;
si vos no sois como yo,
ved que la culpa no tengo.

DOÑA MARÍA

¡Como vos y más que vos!

DON ÁLVARO

¡Ah, finalmente os encuentro!

DOÑA MARÍA

Pero hoy es toda mi vida
mi justicia. Un hijo muerto
lo borra todo en el mundo,
Conde, aunque es bulto pequeño.
Vos ¡que sabéis de estas cosas;
que hijos tenéis y van lejos
de vos, mendigando un nombre
porque les negáis el vuestro!

DON ÁLVARO

¡No me los dieron los brazos
en donde quise tenerlos!

DOÑA MARÍA

¡Condestable... al fin sangráis
de la herida que os he abierto!
¡Sí, tuve un hijo, y en él
todos mis amores puestos!
Todo lo olvidé por él;
todo; hasta el odio que os tengo:
bien sabe Dios que al hallarle,
como era para Dios, muerto,
primero que pensé en vos,

todos los demás lo hicieron.
Hoy, sí; que vuestras porfías,
vuestra doblez, el silencio
que guardáis, aun este amor
traído en este momento,
aun el ser él hijo mío
sin haber nacido vuestro,
todo os condena. ¡Oh, la luz
vos mismo me dais! ¡no tengo
dudas! ¡vos le heristeis, vos!
porque no había en el reino
quien matara á un inocente
con el corazón sereno
sino vos; vos, Condestable;
y al fin así lo prefiero;
que, vengándole de vos,
más que de nadie le vengo!

DON ÁLVARO

(Con serenidad y dominio supremo del momento.)

¿Por qué os engañáis, señora,
para engañarme, si veo
que, cuando acusáis, os son
inútiles los esfuerzos?

(Se acerca á ella; habla bajo y con lentitud, como si fuera leyendo en su alma.)

Decid, acallando un punto
vuestros orgullos soberbios,
que porque sabéis que todo

depende de mí en el reino,
una esperanza alentáis
que esté en mi mano el secreto
de esta tragedia; decid
que porque los dos tenemos
repartida entre los dos
toda el alma de estos reinos,
no queréis tentar empresas
que os piden todo el esfuerzo
sin tener, mal que vos pese,
este brazo junto al vuestro;
decid que, por no llamarme,
me acusáis; que así no puedo
faltaros en este trance
porque mi honor anda en ello;
decid que, habiendo tan sólo
escritos en vuestro pecho
dos nombres, vos los juntáis
sin pensarlo y sin quererlo.

DOÑA MARÍA

¡Mentís!

DON ÁLVARO

(Transición.)

Entonces, señora,
hoy mismo, aquí mismo, quiero
que cumpláis vuestra justicia
y acaben vuestros tormentos.
Si con todo el corazón
me acusáis, si en vuestro acento

hay la plenitud de Dios,
que tiene lo verdadero,
¿á qué esperamos sentencias
que no os faltan, ni yo quiero?
Vida con tal mancha, yo
no la soporto ¡os la entrego!
¡Esta es mi daga, tomad,
y este, señora, es mi pecho!

DOÑA MARÍA

Entonces, ¿por qué no habláis,
Don Alvaro, ¡vive el cielo?

DON ÁLVARO

Porque penden de este brazo
la vida y muerte del reino;
y no lo muevo, que no
tenga razón al moverlo.

DOÑA MARÍA

¡Pende mi vida también!

DON ÁLVARO

No lo digáis; bien lo siento.

DOÑA MARÍA

(Con resolución rápida.)

Condestable de Castilla:
queríais ver este pliego,

no he de negároslo ya;
abierto os lo doy: leedlo.
(Le entrega el pliego con la orden del *Rey.)*

DON ÁLVARO

(Después de leer.)

¡Abominable bajeza!
¡Ingrato Rey!

DOÑA MARÍA

No os lo niego.

DON ÁLVARO

¡Y ni á trazar se atrevió
todas las líneas del pliego!

DOÑA MARÍA

Yo le ayudé.

DON ÁLVARO

No faltasteis
á la ingratitud en esto;
que, al fin, mi amor lo pagáis
con la moneda del tiempo.

DOÑA MARÍA

(Sin atender á estas palabras: fija en su idea.)

¡Ya no penden de ese brazo
la vida y muerte del reino!
"Servicio del Rey" dijisteis
hoy que era vuestro silencio:

el Rey os manda prender,
no quiere servicios vuestros.
Hablad, hablad...

DON ÁLVARO

¡Yo hablaré...
Doña María, á su tiempo!

DOÑA MARÍA

(Defraudada en sus ansias.)

¡Oh!

DON ÁLVARO

¡No temáis, que es venganza
granada la que os prometo!
¡Decid que se junten armas,
que vengan á echarme hierros,
que es bien con ellos cargarme,
Rey, si me prendéis sin ellos!
¡Oh, nunca mayor venganza
pudo tomar de un Rey necio
un leal, que yo de ti,
hiriéndote el tronco mesmo!

DOÑA MARÍA

¿Qué decís?

DON ÁLVARO

¡Dadle, señora,
al de Estúñiga este pliego;
que la prisión del de Luna

mala pro ha de hacerle al reino!

(Transición: bajando la voz.)

¿No habéis oído? Unos pasos
á mis voces respondieron.
Pero ¿quién puede... á estas horas?...

DOÑA MARÍA

(Después de observar por el ventanal.)

Alonso Pérez Vivero
y el Príncipe Enrique.

DON ÁLVARO

(Bruscamente; sin acertar á dominarse.)

¿Y vos
les recibís?

DOÑA MARÍA

¿Qué hay en ello?...

(Adivinando.)

¡Condestable: hablasteis ya!
El Príncipe...

DON ÁLVARO

(Intentando corregir su arranque.)

¡No!

DOÑA MARÍA

¡Ya entiendo,
Condestable!

DON ÁLVARO

¡No!

DOÑA MARÍA

¡Dejadme!

DON ÁLVARO

¡No!

DOÑA MARÍA

Dejadme: ved que pierdo
mi honor si os hallan aquí,
Don Alvaro; y yo no espero
más, que la verdad se acerca.
Dejadme á solas, os ruego.

DON ÁLVARO

Doña María: me habéis
avezado en estos tiempos,
cuando más quise serviros,
á serviros desde lejos,
y saldré; que las distancias
las salvarán mis esfuerzos,
y cuando os dejo con vos,
bien acompañada os dejo.

(Saliendo por la lateral secreta. Aparecen *Pérez Vivero* y el *Príncipe.*)

DOÑA MARÍA

(Al ver allí á *Vivero,* con serenidad impávida le dice:)

Vos, señor Pérez traidor,

que el Vivero ya no os cuadra,
¿gustáis que os echen á injurias
cuando entráis donde no os llaman?

PRÍNCIPE

Vos nos llamasteis...

DOÑA MARÍA

(Con dulzura.)

No, Alteza;
perdón, con vos no va nada;
á vos os llamé; quería
conocer toda la trama
que hicisteis con Don Alonso...

(Por un gesto del *Príncipe.)*

Soy su madre. ¿Qué os extraña?

(A *Vivero,* cambiando de tono.)

A vos no; que los traidores
no dan luz con sus palabras;
y para saberlo todo,
con el Príncipe me basta.

VIVERO

Aunque tan dura os mostráis
y mi confusión es tanta...

DOÑA MARÍA

(Impaciente.)

¡Oh!

VIVERO

No os negaré, señora,
con qué gusto me quedara.
Ved que el Príncipe está enfermo;
que su enfermedad es causa
que yo le acompañe siempre,
señora; que pone el alma
en estos empeños vuestros,
y es bien que le ahorréis palabras
y fatigas: yo hablaré...

DOÑA MARÍA

¡Yo no puedo creer nada
que vos digáis! Cuanto al Príncipe,
aguardadle lo que os plazca
fuera de aquí: yo he de hacer,
para evitarle palabras
y fatiga, lo que hiciera
una madre, no una dama;
que mi corazón de madre
ha tiempo no palpitaba
como hoy, al veros entrar;
señoría, hacedme gracia.

(El *Príncipe* hace un gesto indicando á *Vivero* que salga. Este se le acerca, hablándole en voz baja. *Doña María,* que le observa, dice:)

La nobleza del señor
no la torcerán palabras
de criados.

VIVERO

(Con baja malignidad ofensiva.)

No consejos,
señora, albricias le daba
al ver, aun hoy, cuánto vale
ser príncipe con las damas.

(Sale.)

DOÑA MARÍA

(Para dejar al *Príncipe* conmovido el tiempo de serenarse; apartándose de él y mirando distraídamente por la reja; tono de indiferencia y de dulzura al mismo tiempo.)

Habéis tardado, Príncipe:
la obscuridad se mezcla
con la aurora. En el cielo
quedan tan pocas luces
como en mi alma, la noche
de mi luto. Pensé

(Se acerca un poco.)

que no vendríais... Hice
injuria á vuestra gracia...
Pero ¿no os sentáis, Príncipe?

(El *Príncipe* se sienta; ella continúa en pie.)

PRÍNCIPE

Seguid, señora; hablando
me hacéis un bien que nunca
lo sospeché, en el mundo.
Dicen que estoy enfermo
en la Corte: no encuentran

los físicos el bálsamo
que cure mis heridas.
Señora: hablad... Los físicos
no conocen mis males.

DOÑA MARÍA

¡Váleme Dios! Y un Príncipe
¿no encuentra quién le cure?
Pero es verdad... Murió
vuestra madre... ¿Sabéis
que, cuando al lado os veo
de vuestro padre, tengo
celos del Rey? ¡Oh, sí!
que él aún tiene el consuelo
de recoger las lágrimas
de un hijo... Pero yo...

PRÍNCIPE

¡Oh, no poder, señora,
aun dejando de ser
lo que soy, ser tan sólo
vuestro hijo! ¡tendrían
estas manos poder
de enjugar vuestro llanto!

DOÑA MARÍA

Príncipe: sois tan bueno
como yo soy cuitada;
esto que me habéis dicho

llega al alma ¡no puede
ser que seáis infame!

PRÍNCIPE

¿Yo?

DOÑA MARÍA

Príncipe: por piedad;
por piedad á vos mismo,
decid: ¿es cierto todo
lo que contó el de Luna?

PRÍNCIPE

Cierto...

DOÑA MARÍA

Entonces, con vos
hizo liga mi Alonso;
entonces, nunca, Príncipe,
le dejabais; sabíais
de sus pasos; de todos
los que tenían odio
por él; los que podían
perseguirle ó buscaban
su muerte... ¡Responded!

PRÍNCIPE

¡Oh, no! Después, después...
Ahora hablemos, señora,
de vos.

DOÑA MARÍA

¿Por qué de mí?

PRÍNCIPE

Porque habéis prometido
que tendríais piedad
de mi fatiga. Luego...
cuando yo esté cansado...
cuando mandéis... Vivero...
en dos palabras...

DOÑA MARÍA

¡No,
tan sólo vos, Alteza!

PRÍNCIPE

Bien, yo; pero más tarde,
cuando ya os haya dicho
lo que no puede ser
que os esconda más tiempo...

DOÑA MARÍA

¡Alteza!...

PRÍNCIPE

Si otra vez
me miran vuestros ojos
de esta manera, yo
no podré hablaros.

DOÑA MARÍA

¡Pase
lo que queráis, señor;
pero hablad!

PRÍNCIPE

¿No guardáis
memoria de una fiesta
que dió el Rey en Medina?

DOÑA MARÍA

¡Sí, la noche terrible
de mi desgracia, sí!

PRÍNCIPE

No, no aquélla: años antes.
Se hicieron dos torneos:
era la Reina nueva
quien presidía; quiso
mostrarle el Rey qué damas
le entregaba Castilla,
y, en un torneo, dos
de nuestras castellanas
bajaron á la arena
con sus empresas. Vos
cruzasteis vuestra espada
con Juan de Merlo: toda
la corte os hizo fiesta.
Recuerdo que teníais,
aquel día, entre tanto
que aplaudía la gente,

vuestros ojos clavados
en mi sitio... Señora,
¿Qué mirabais entonces?

DOÑA MARÍA

Si... recuerdo. De toda
la turba que aclamaba;
del horror, de los gritos
en el sol, en la luz,
del delirio, del triunfo,
Príncipe, no sé nada.
Sólo sé—junto á vos,
es cierto, á vuestra espalda—
de unas pupilas que
me seguían ansiosas;
de una boca que, acaso
conmovida ó pasmada,
sin querer, sonreía;
de unas manos en alto,
¡las manos de mi vida!
que estaban lejos; pero
que llegaban á mí,
como si me pulsaran
el alma en carne viva,
sacando de ellas lágrimas
de orgullo y de ternura,
las dos cosas á un tiempo:
y eso sólo miraba,
Príncipe; ya sabéis,
¡era mi Alonso!

PRÍNCIPE

¡Era él!

DOÑA MARÍA

Príncipe: ¿qué os sucede?

PRÍNCIPE

(Con mayor decisión que hasta ahora; la pasión le exalta.)

Montoro, aquella noche,
cantó, cuando mi padre
dió mesa á los juglares,
un romance, en elogio
de vuestro paso de armas.
¿Lo recordáis, señora?

DOÑA MARÍA

Lo recuerdo: no olvido
la tonada ni el verso.
Por la primera vez
me dió en aquel romance
el nombre de "la Brava"
la corte de Castilla...
Pero ¿á qué recordáis?...

PRÍNCIPE

Señora: aquel romance
que, desde entonces, digo
todas las noches, como
si fuese una plegaria,

afirma que vos siempre
herís el corazón...

DOÑA MARÍA

Es verdad; eso dice.
Pero ¿qué tiene aquello
que ver con esta noche?

PRÍNCIPE

En el viejo romance
de Montoro el juglar,
él pondría los versos,
¡pero yo puse el ansia!
porque yo, como nadie
de la corte, sabía
de qué modo herís vos
los corazones; que
desde la horrible fiesta,
desde aquella mirada
que fatalmente yo
recibía, no siendo
para mí, no respiro,
no vivo, no soy hombre,
sino por vos, señora!

DOÑA MARÍA

¡Príncipe!

PRÍNCIPE

¡No se calla
quien, sólo porque tuvo

una esperanza débil
que llegara el momento
de hablar, vivió hasta ahora
con la muerte en el alma!

DOÑA MARÍA

Abusáis del asilo
que os he dado, señor,
sin ver que es vellanía...

PRÍNCIPE

¡Villanía!... ¡Le habláis
de villanía al hombre
que, porque es todo vuestro,
nada encuentra villano
si le lleva á vos; que
ni los astros, ni Dios,
ni el destino, ni toda
la sangre de Castilla,
ni la muerte, ni el crimen
han detenido!

DOÑA MARÍA

¡Príncipe!

PRÍNCIPE

¡No, la mirada suave
ó callaré, señora;
que esta airada me turba;
que enmudezco!

DOÑA MARÍA

Seguid...
Fué un instante. ¡ Seguid!
ya os dije que tendría,
Príncipe, para vos,
la piedad de una madre.

PRÍNCIPE

¡ Sí, de una madre! Ved,
no pido más, señora;
¡ y estas manos suavísimas
sobre mí! como un dón
maternal; derramando
por mi existencia estéril
la piedad, como encima
de las cunas vacías...
¿ Que os he sido funesto
con mi amor?... ¡ él lo ha sido
primero para mí!

DOÑA MARÍA

(Forcejeando por desasir sus manos, que el *Príncipe* le ha cogido.)

¡ Príncipe!

PRÍNCIPE

Y, lentamente,
para beber despacio
vuestra piedad, yo os juro
deciros los secretos

terribles de mi alma;
la sangre que hay en ella;
mis pasiones, mi crimen,
¡ sí, mi crimen también!

DOÑA MARÍA

¡ Señor!

PRÍNCIPE

¡ Sí, guardo dentro
de mi espíritu un lago
de sangre!... ¿Qué tenéis?
¿Por qué vuestra mirada
se clava en mí, que siento
que al corazón me llega?
¿Qué fuego es éste?

DOÑA MARÍA

¡ Fuego
de Dios, Príncipe Enrique!

(Le arranca la cadena con el joyel de *Don Alonso,* que lleva en el cuello.)

¿Cómo lleváis pendiente
del cuello este joyel,
que colgaba del cuello
de mi hijo?

PRÍNCIPE

¡ Callad!
¡ no gritéis!... que Vivero...
él os dirá, señora...

DOÑA MARÍA

¡No; vos, y pronto; pronto,
ú os despedazo! ¿Quién
le asesinó?

PRÍNCIPE

Vivero...
Yo no quería... Os juro
que no quería; él fué
quien, por servirme... ¡Yo
quise sólo robarle
vuestra imagen!

DOÑA MARÍA

(Amenazante.)

¡Oh, basta!

PRÍNCIPE

(Súplica tristísima.)

¡No!

DOÑA MARÍA

¡Príncipe maldito!
¡sube á llevar tu fango
al trono de Castilla,
y correrá, en los siglos,
para lavar tu afrenta,
la sangre de tu pueblo!

(Vivero ha entrado con la espada desnuda al oir que el *Príncipe* le delataba; va á abalanzarse sobre la *Guzmán* en el momento que ésta

se vuelve y, viéndole, se echa atrás, descuelga la espada de su hijo y dice, empuñándola:)

¡Ah, no mentía, Vivero,
la voz que en mí te acusaba!

(*Vivero* quiere llegar junto al *Príncipe;* ella le pára, y empieza un duelo encarnizado, terrible, entre el asesino y la vengadora. El *Príncipe* huye despavorido, gritando por los sombríos corredores varias veces:)

PRÍNCIPE

¡Al arma en el castillo!
¡Sangre otra vez!... ¡espadas!

(*Vivero* inicia una fuga; abalanzándose á la puerta del fondo, *Doña María* le cierra el paso con su espada, diciendo:)

DOÑA MARÍA

(Mientras riñen.)

¿Huir? ¡Tampoco: la puerta
guardo yo! ¡Montoro: hablaba
bien tu romance, aquel día
de mi primer paso de armas!
"¡Ah, digan plumas, Castilla,
lo que dijeron espadas!
¡digan, digan: con el hierro,
con el hierro ó la mirada,
hiere siempre el corazón
Doña María la Brava!"

(Al pronunciar estas palabras la dama, *Vivero* cae atravesado: entra en el mismo instante por la lateral secreta *Don Alvaro de Luna,*

seguido de *Nuño, Mari-Barba* y los criados de la casa con hachas.)

DON ÁLVARO

¿Qué hicisteis?

DOÑA MARÍA

¡Justicia!

DON ÁLVARO

¡Estáis
perdida!

DOÑA MARÍA

¡Y mi hijo vengado!

DON ÁLVARO

¡Huid!

DOÑA MARÍA

¡Jamás!

DON ÁLVARO

¡Que se acercan
los nobles!

DOÑA MARÍA

No: mis criados...
Dad mi justicia á la tierra,
arrojad su cuerpo al fango
del foso; ¡y sobre la tumba
de mi hijo, colgad su cráneo!

DON ÁLVARO

(A los criados.)

Si amáis á vuestra señora,
obedecedme.

DOÑA MARÍA

Don Alvaro:
¡ soltad !

DON ÁLVARO

No: salid con ella.
Llevadla á un rincón lejano,
donde nadie sepa de ella
hasta que esto esté fallado.

DOÑA MARÍA

No, no: dejad, Condestable:
¡ quiero hablar !

DON ÁLVARO

¡ Y yo salvaros !
Llevadla por esa puerta.

DOÑA MARÍA

¡ Mando en mi vida !

DON ÁLVARO

¡ Y yo mando
en todo el reino !... Cerradle
la boca...

DOÑA MARÍA

¡Oh, cielo! ¡tus rayos!

DON ÁLVARO

(Tomando en sus manos la espada manchada de sangre.)

Y ahora, á reñir mi postrera
batalla con la fortuna.

(Empieza á llegar gente.)

¡Cuánta alegría os espera,
nobles, esta vez primera
que halláis culpable al de Luna!

(Los nobles invaden la escena. Cae el telón.)

ACTO CUARTO

Una sala central en la casa que tiene en Valladolid *Don Alvaro de Estúñiga.* En el fondo, gran puerta por la que se ve una antecámara que da á un corredor con ventanales abiertos ó arcadas: horizonte formado por las casas de Valladolid. Puertas laterales derecha é izquierda. La derecha comunica con el cuarto en que está prisionero el *Condestable.* La de la izquierda comunica con las habitaciones privadas del de *Estúñiga,* que tiene la guarda del preso.

El resto de este palacio lo ocupan, ahora, la corte, el *Rey,* los *Jueces* y *Consejeros,* reunidos en Valladolid para sentenciar en el difícil caso del *Condestable.*

La antecámara, que se ve desde la escena y es practicable y capaz, separa las habitaciones del *Rey* y su corte de las destinadas al preso y su guarda.

En escena estarán el *Marqués de Santillana* y dos *Caballeros de Santiago* enemigos del de *Luna.*

CABALLERO 1.°

El Marqués de Santillana
da muestras de estar ufano.

CABALLERO 2.°

La desgracia del de Luna
le favorece.

CABALLERO 1.°

No hay mano
de audaz, en ambas Castillas,
que no se abra en este caso;
que todos esperan fruto
de esta caída del árbol.

(Entra el *Conde de Plasencia* por la lateral.)

SANTILLANA

(Al verle.)

¿Ya?...

PLASENCIA

Traigo aquí la sentencia.

SANTILLANA

¿La firmó el Rey?

PLASENCIA

La ha firmado;
pero hizo mancha en la cruz
con el temblor de la mano.

(Todos los *Caballeros* le rodean.)

SANTILLANA

¿Llamo al de Luna?

PLASENCIA

Llamadle.

REY

(Que viene apoyado en el hombro de *Montoro;* la mirada perdida y temerosa, de abúlico, de vacilante, de horrorizado.)

¡No le llaméis!... ¡Hay espacio!

(Todos quedan mirando al *Rey.)*

SANTILLANA

(Cerrándole el paso instintivamente como queriendo evitar que entre en la cámara del preso. Inclinándose.)

¡Señoría!

PLASENCIA

¡Señoría!

REY

¡Guárdeos Dios!... Hacedme paso.

(Se separan, obedeciendo. El *Rey* hará intento de entrar en la cámara del preso: todos le examinan con una gran espectación: el *Rey,* después de una breve lucha interior, se aleja de la puerta yendo á sentarse junto á la mesa. Queda allí ensimismado. Sólo *Santillana* se atreve, pasado un instante, á romper el silencio.)

SANTILLANA

Dice el pueblo, Majestad,
viniendo á vuestra aflicción,
que el Rey está en libertad
desde que él está en prisión.

(*Don Juan* tiene un gesto de fiereza pronto diluído en una sonrisa irónica, casi desdeñosa. *Santillana,* inclinándose, concluye.)

¡Y es voz del pueblo, señor!

REY

(Siguiendo en la actitud de desdén iniciada.)

Santillana: es singular;
sentencié por descansar,
y mi fatiga es mayor.

SANTILLANA

Pensad que llegó á un extremo
que estaba el reino en sus brazos.

REY

Por eso, al herirle, temo
hacer el reino pedazos.

MONTORO

¡Oh! los pedazos son buenos,
señoría... y aquí están
manos que los tomarán
sin mirar el más ó el menos.

CABALLERO 1.°

(Que tendrá en la mano un pergamino donde se supone una relación de los bienes del *Condestable,* y habrá estado un buen rato examinándolo.)

Esta villa de Escalona,
que fué del de Luna hasta hoy,
¿dicen que la dais?...

REY

La doy,
como es fuerte, á la Corona.

SANTILLANA

Pero entonces, ¿el ducado
de Trujillo?...

REY

Al Almirante.

SANTILLANA

¿Y yo?

REY

¿Qué? ¿no os son bastante
Villena y su marquesado?

SANTILLANA

(Al *Caballero.*)

Dejadme la relación.

(Todos, junto á la mesa, examinan el pliego escrito y discuten en voz baja. Les rodean discutiendo también los *Caballeros* de la Orden de Santiago.)

MONTORO

(A gritos.)

¡A quién pide más, la feria!
Tenéis, caballero, opción
á un sexto de esta miseria.
Vuestras insignias honrosas
no afanéis por merecellas;
que hoy tiene más de las cosas
aquel que más toma de ellas.

(Cayendo á los pies del *Rey.*)

¡Rey mirífico! estoy harto
de pobreza; dejad que hable:
¿á quién toca en el reparto
el alma del Condestable?
Porque, si con tanto afán
de riquezas, en olvido
quedó su alma, ¡yo la pido
para Montoro el truhán!

REY

(Grave.)

No hay burla en ello, bufón;
que el alma Dios se la lleva.

MONTORO

(Levantándose.)

¡Ah de necios! Y eso os prueba
que es la parte del león.

REY

¡Verdad!

MONTORO

Si de lo que queda
alguien quiere algo, lo diga;
¡que se siga, que se siga,
caballeros, la almoneda!

(Por las voces con que discuten.)

¡Cristianos: paz y concordia!
No riñáis, pues que medráis.

(Se abre la puerta lateral derecha y entra *Alvaro de Estúñiga*: *Montoro* le sale al encuentro.)

Estúñiga: á punto entráis
de ser tercero en discordia.

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

¿Qué pasa?

MONTORO

Un inusitado
caso entre los más acerbos;
que aún vive el ajusticiado,
pero ya pican los cuervos.

(*Estúñiga,* encogiéndose de hombros, llega hasta el *Rey.*)

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

Cuando dispongáis, señor:
el reo aguarda.

MONTORO

(Interponiéndose, antes de que el *Rey* conteste.)

Este paso
viene á recordarme un caso
que tiene mucho sabor.
Y aun cuando os veo impaciente
por acabar, Majestad,
yo os prometo brevedad,
si me dejáis que lo cuente.
"Hubo un buho entre unos tejos,
negro, que se confundía
con la noche; mas tenía

tales ojos, que de lejos
relucir se los veía.
Unas picazas que estaban
de los tejos no distantes,
cuando sus ojos miraban
lucir así, los tomaban
por dos redondos diamantes.
Las picazas no pudieron
reprimirse los antojos
de hurtarlos: al buho fueron;
de los diamantes asieron,
y le sacaron los ojos."

(Al acabar *Montoro* su relación todos los cortesanos fingen estar distraídos, formando corros entre sí. *Montoro* dice al *Rey.)*

Compadéceles, señor;
mi cuento no han entendido;
¡quién dijera que han venido,
como las picazas, por
los diamantes del Valido!

(Alvaro de Estúñiga, que ha hablado unos momentos con el *Conde de Plasencia,* abre la puerta lateral derecha, llamando.)

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

¡Condestable!

REY

(Levantándose y preparándose á salir.)

¿Le llamáis?...

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

Ya es forzoso. ¿Os causa enojos
su presencia?

REY

(Saliendo de la sala, huyendo casi: al *Conde de Plasencia.)*

No leáis
delante de mí.

SANTILLANA

¿Os marcháis?

REY

Sí; no he de verle.

(Se apoya en el hombro de *Montoro* y sale.)

MONTORO

(Haciendo una mueca á los cortesanos y señalándoles la puerta por donde va á salir el *Condestable.)*

¡A los ojos!

PLASENCIA

Pues vos, Alvaro de Estúñiga,
de orden del Rey; porque el Conde
de Luna sepa, en su causa,
la pena que se le impone,
mandadle venir; y salgan
armas, guardas y señores,
dejándonos á los dos;

que no ha de perder lo noble
por lo culpable el de Luna,
que, aunque le sentencian de orden
del Rey, excusarle afrentas
es de grandes corazones;
que esto es del Rey para él:
no ha menester mediadores.

(*Don Alvaro de Estúñiga,* sin responder palabra, habrá salido por la lateral derecha mientras el *Conde de Plasencia* despide á su gente. A poco rato aparece en la puerta de su celda *Don Alvaro de Luna,* seguido de su fiel *Paje Morales.)*

DON ÁLVARO

¿Me llamáis?

PLASENCIA

De orden del Rey.
(Le muestra el pliego.)

DON ÁLVARO

(Comprendiendo: se quita la banda de *Condestable* y se desciñe la espada, dándolas á su *Paje.)*

Toma, Morales, y esconde
lo que, por guardarlo limpio,
á mí me ha puesto en prisiones;
que, aunque por el Rey los tengo,
no es ello razón que estorbe
que, donde empiezan afrentas,
se rechacen los honores.
(Vuelto al *Conde de Plasencia.)*
Vos dad principio á la letra

sin temor; que quien os oye
sabe que, cuando habla un Rey,
son justicias los errores.

PLASENCIA

Condestable de Castilla:
vuestra excelencia perdone
y, pues es fuerte, resista
de la fortuna los golpes.
Secretario soy del Rey,
y el Rey, mi señor, mandóme
que de la triste sentencia
me escuchéis las conclusiones.

(Leyendo.)

"Yo, el Rey Don Juan el segundo,
considerando que es cierto
que usurpaba el Condestable
mis poderes en el reino;
que perseguía á mis nobles
sin razón; que ha sido de ellos
el verdugo en sus castillos,
el fiscal en mi Consejo;
que, haciendo arder las contiendas
civiles en nuestros tiempos,
entre la nobleza y Nos
ha puesto un poder tercero,
que él, en su provecho invoca,
que él llama interés del reino,
y no se sabe si mueve
de lo ilustre ó lo plebeyo;

considerando que nada
de mi casa le es ajeno;
que en distintas ocasiones,
porque su nombre hizo peso
á unos crímenes, los crímenes
se hundieron en el secreto;
considerando que dijo
que hablaría en el suceso
de Don Alonso Guzmán,
y calló; que es hecho cierto
que á Doña María López
de Guzmán tiene en secuestro;
que en Peña-Roa, una noche,
mató, de su propio acero,
al leal de tantos años,
al hijo de tantos hechos,
servidor de nuestro Príncipe,
Alonso Pérez Vivero;
considerando que dar
fin á estos abusos debo;
sabido, oído y pesado
de mis nobles el consejo,
á vos, Alvaro de Luna,
Condestable de mi reino,
Duque de Trujillo, Duque
en Escalona, primero
del condado en Santisteban,
Marqués de Villena, excelso
Maestre de Santiago,
noble seis veces, condeno

á muerte infame en la plaza;
vuestros bienes, los empleos
que tenéis por mí; la hacienda,
acostamientos y predios
os confisco, y desde ahora
pongo mis manos en ellos;
que, como salieron de él,
es bien que vuelvan al reino."

(Después de leer, con una profunda inclinación y una emoción sincera.)

Perdonadme.

DON ÁLVARO

(Con serena gravedad.)

Yo os perdono,
para que Dios me perdone.
Con la muerte me resigno;
la afrenta es razón que llore,
que la muerte al noble alivia
y la afrenta afrenta al noble.
Decid, en mi nombre, al Rey
que me ha bastado su nombre
para escucharos tranquilo
sentencias que son traiciones;
que si me hizo de la nada,
no he de ser yo quien se enoje
que mi pobre cuerpo al fango
de donde salió lo torne;
decidle, sí, que una cosa
sola no tiene perdones:

que él se prive, con mi muerte,
de un siervo tan leal, donde
queda en acechos tan viles
con tan viles servidores.

(Sale el *Conde de Plasencia*: *Don Alvaro* vuelto á su *Pajecillo* que solloza.)

Morales...

(Corre el *Pajecillo* á él, dejando sobre una mesa la espada y la banda.)

MORALES

¡Señor! Señor
os digo, y dijera padre;
que á puras mercedes vuestras
os debo más que la sangre;
¡padre! que vuestras desdichas
me dan lágrimas bastantes
para que las llore un hijo,
y están de más en un paje.

DON ÁLVARO

Moralicos, paje mío;
el de las dulces bondades,
el de los ojos sumisos,
el de mi postrer instante;
queda aquí, que entre mis brazos
sólo un momento te guarde.
Las ingratitudes negras
tu gratitud me las hace

llevaderas; que no hay fuego
que un poco de agua no aplaque.

(Al abrazarle.)

¡Rosal en mi tronco, que,
cuando el rayo me deshace,
en el susto de mi muerte,
todas las rosas te caen!
El que apenas si te vió
mientras vivía, Morales,
hoy, que ya empieza á morir,
no se cansa de mirarte,
Tú, pajecico pequeño,
desde este día eres grande;
que, en tu lealtad, enseñas
á las mismas majestades.
Hoy se juntan nuestros nombres
y no habrá quien los separe,
porque viene á dar la muerte
la cuerda con que los aten.
Este rubí que en mis dedos
admiraron los magnates
pase á ser entre los tuyos
Una gota de mi sangre.

(Le entrega un anillo.)

¡Guárdalo bien!... Y, volviendo
á tu casa, con tus padres,
no sirvas más en la Corte,
por no servir desleales.
Y este paso de este anillo

haz que lo cuenten romances
porque las edades sepan
cómo hoy han sido, Morales,
mi muerte, la fuerza y tú,
la gracia del Condestable.

MORALES

¡Señor: vos no moriríais
si hablar pudiera Morales!

DON ÁLVARO

¿Tan fuerte imaginas ser?
¡Ay, tú no conoces, paje,
que es la envidia la mayor
de todas las tempestades!

MORALES

Yo sé que Doña María
de Guzmán, en aquel trance
de Alonso Pérez Vivero...

DON ÁLVARO

¡Olvídalo si lo sabes!

MORALES

Yo sé que para salvarla...

DON ÁLVARO

¡Te engañaron!

MORALES

Vos mandasteis
que la ocultaran sus gentes
mientras esto se fallase.

DON ÁLVARO

No es cierto, paje.

MORALES

Yo sé
dónde se encuentra.

DON ÁLVARO

¡Morales!

MORALES

Yo iré, señor, á sus plantas;
yo le explicaré que os hacen
morir por ella; que piensan
que al de Vivero matasteis;
y ella hablará, y la sentencia
no ejecutarán...

DON ÁLVARO

¡Morales!
Yo mando... ¿entiendes que ha dicho
que *manda* tu Condestable?
que lo que nunca debiste
saber, tus labios lo callen;
que, porque hablarle no puedas

á la Guzmán de este trance,
hasta que muera no dejes
á tu señor un instante;
que, si lo cumples así,
yo, al morir, he de mirarte;
y, si me faltas en ello,
mi maldición te acompañe.

MORALES

¡Señor: por la gratitud
que os debo!...

DON ÁLVARO

¡Ya dió bastante
de sí tu agradecimiento!

MORALES

Señor: entonces dejadme
que éntre con vos en la tierra;
que en la muerte os acompañe;
que, si jamás en la vida
vuestra cámara cerrasteis
á vuestro paje, no es bien,
después de muerto, cerrarme
la sola puerta que no
moverá ninguna llave.
¡Maldigo al Rey!... ¡que le digan
cómo le maldice un paje,
y él, como á vos, me sentencie
de muerte!

DON ÁLVARO

Basta, Morales.
Llega á mi celda; los sellos,
con lo demás que me traje
de Burgos acerca aquí;
y deja un punto que trace
mi última plegaria, no
mis últimas voluntades;
que el Rey empezó á mandar
y ya no es bien que yo mande.

(Se sienta: vuelve *Morales* con pluma, cera, los sellos del *Condestable* y un martillo recio. *Don Alvaro* escribe unos instantes.)

"...de vos, Alvaro de Luna."

(Al *Paje* presentándole el pergamino para que ponga él la cera del sello.)

La cera aquí...

(El *Paje* ayuda á *Don Alvaro* á sellar el pergamino; terminada esta operación quedan los sellos sobre la mesa; tomándolos en su mano, dice *Don Alvaro.)*

Y ahora, imagen
de mi poder, duro sello
de mi casa, por que nadie,
no teniendo mis alientos,
de tu entereza se ampare;
por que no vengas á menos,
ya que en tu cóncavo yacen
los primeros aleteos
de tantas mudanzas grandes,

¡quiero hacer contigo yo
lo que conmigo el Rey hace!

(Con el martillo da unos golpes secos, hasta partir el sello de su Casa en varios trozos. Se levanta.)

No yo: te pierde Castilla.
¡Busque ella quien te reemplace!

(Después de una solemne pausa, á *Morales.)*

Dices que donde se encuentra
Doña María tú sabes.
Esta tarde, cuando todo,
como está ordenado, acabe,
tomando un corcel en donde
mejores corceles halles,
corre á verla y este pliego
entrégale de mi parte...
Y dile que, porque el sello
que ha sellado nuestras paces
no puede aspirar á más,
lo he partido en dos mitades.

MORALES

Lo haré, señor.

DON ÁLVARO

Ahora pide,
si alguien vela, que me manden
á fray Alonso de Espina.
¿Oyes?

MORALES

(Sollozando y sin acertar á moverse de su sitio.)

Oigo.

DON ÁLVARO

Ve, Morales.

(El *Paje* va á salir por la puerta lateral izquierda; retrocede en seguida, diciendo á gritos.)

MORALES

¡Señor! ¡señor! ¡señor! ¡Viene!

DON ÁLVARO

¿Quién?

MORALES

Ella.

DON ÁLVARO

¿Quién?... Habla, paje.

(Entra *Doña María de Guzmán* en escena.)

DON ÁLVARO

(Al verla.)

¡Siempre lo temí de vos!

DOÑA MARÍA

Gracias os doy, Condestable.

(El *Paje* desaparece por el fondo.)

DON ÁLVARO

Tenéis ciegos servidores
cuando os dejan en tal paso.

DOÑA MARÍA

Mis servidores son ciegos
cada vez que yo les mando.

DON ÁLVARO

Dije que hasta dar sentencia
y hasta haberla ejecutado
no os soltaran.

DOÑA MARÍA

Y yo os digo
que mi honor finca muy alto
para que le sean guarda
cobardías de criados.
Si una noche la sorpresa
y las iras me cegaron
á punto que no entendí
lo que estabais maquinando;
si unas pocas manos fieles,
por fieles, que no por manos,
de aquel sitio único mío
engañosas me arrancaron,
no ha habido instantes después,
no ha habido orden ni mandato
que yo no empleara en ellas
para tornar á ocuparlo.

DON ÁLVARO

¿Y venís?...

DOÑA MARÍA

¡Y la fortuna
se hace numen de mis pasos!
Que ella ha querido que os tengan
en esta casa, guardado
de mi sobrino el de Estúñiga,
para que, al ver mis criados
con las armas de la casa,
los guardas me abrieran paso;
que, para llegar aquí,
ni aun tuve que alzar el manto.

DON ÁLVARO

Más en mi favor, señora;
más libertad de rogaros
que no continuéis aquí;
que, si no hallasteis obstáculos
para llegar, muchos menos
hallaréis para tornaros.

DOÑA MARÍA

Condestable de Castilla:
decidle á una reo os mando
qué celda es, en esta casa,
la antesala del cadalso.

DON ÁLVARO

(Aparentando que no ha entendido.)

Y ¿por qué, tan alta vos,
buscáis un sitio tan bajo?

DOÑA MARÍA

¡Porque ese sitio es el mío,
y yo vengo á reclamarlo!

DON ÁLVARO

¡Doña María!...

DOÑA MARÍA

¡No quiero
que el mundo ignore, Don Alvaro,
que maté para tomar
la justicia por mi mano!

DON ÁLVARO

Vos lo sabéis, Dios lo sabe;
¡no le deis cuentas al barro!

DOÑA MARÍA

No quiero que escalen tronos
príncipes que están manchados
con mi sangre; Don Enrique
debe morir, que no en vano
bebió su estirpe, en su origen,
la ponzoña de un bastardo!

DON ÁLVARO

(Con ironía serena.)

El Príncipe está en Navarra.
Sus parciales le llevaron
en secreto: acaso él mismo
se delató, en un espasmo.

DOÑA MARÍA

Yo acusaré...

DON ÁLVARO

¡Cerrarán
á la fuerza vuestros labios!

DOÑA MARÍA

¡Moriré por la justicia,
como he vivido, luchando!

DON ÁLVARO

No os servirá. La justicia,
como es reina, se ha gastado
desde que abrió, inadvertida,
su alcoba á los cortesanos.
No penséis que es la justicia
quien pone el cuchillo en manos
del verdugo contra mí;
no penséis que haber matado
á Vivero, ó el creer
los demás que di este paso,

abre á mis pupilas hoy
la obscuridad del cadalso.
Yo mismo he sido mi crimen;
y el haberme levantado
sobre los demás, fué causa
que mi torre socavaron.
Las obras tienen un punto
de sazón; yo he terminado
la mía; llega el destino,
corta el fruto, muere el árbol.
Dejadme, os ruego, señora.

DOÑA MARÍA

¡Jamás! Ni os dejo ni callo.
Ya no por justicia; ya
no por acusar villanos:
quiero morir, por morir;
porque la muerte es descanso;
porque sin vos en Castilla
no queda honor; porque el fango
me da miedo; ¡porque, en fin,
me pide morir, gritando,
mi corazón!... ¿No lo ois?
¿tornasteis sordo, Don Alvaro?

DON ÁLVARO

(Acercándose á ella.)

Vuestro corazón, señora,
como es corazón, no piensa

que un moribundo os escucha
y un agonizante os ruega.
Vuestro corazón no sabe
que, aunque es grande mi tragedia,
todavía vuestra muerte
más espantosa la hiciera.
Y, pues os matan si hablais,
y aunque os maten me sentencian
á mí, que mi muerte no
la evitaréis con la vuestra,
dejadme morir, al menos,
pensando que hay en la tierra
quien, porque fué mi enemigo,
me hará justicia completa;
quien, porque fué mi enemigo,
merecerá que le crean
cuando entre Castilla y yo
llegue la hora de las cuentas.

(Acercándose más, hasta rozarla casi; baja la voz que la emoción hace temblar á veces.)

Señora: nos hemos hecho,
mientras vivimos, la guerra;
si, combatiendo, me hieren
al pie de vuestras almenas,
pensad que era usanza heroica,
en las edades guerreras,
que honores el enemigo
al enemigo le hiciera;
van á poner mi cadáver,
señora, sobre la tierra,

y quiero vuestro laurel;
¡conservadme vuestra diestra!

(Le toma la mano subiéndola respetuosamente á la altura de sus labios.)

DOÑA MARÍA

Condestable...

DON ÁLVARO

(Antes de besarle la mano.)

¿Me juráis
no hablar?

DOÑA MARÍA

(*Don Alvaro* le ha besado la mano: ella la ha retirado vivamente, perdida su serenidad desde este instante.)

¡No me quedan fuerzas
para jurar, Condestable!

DON ÁLVARO

¿Tanta mudanza es la vuestra?

DOÑA MARÍA

No me conozco.

DON ÁLVARO

¿Perdéis
fuerzas, viéndome sin fuerzas?

DOÑA MARÍA

Pierdo sangre de una herida
que me abrieron, hembra apenas;
el orgullo y el despecho
fué ocasión que me la abrieran;
el despecho y la venganza
la apretaron sin coserla;
hoy la piedad vuelve á abrirla
y el alma sale por ella...

DON ÁLVARO

(Tomándole las manos como para darle fuerza.)

Dadle voces al orgullo.

DOÑA MARÍA

¡Ya las doy, y no contesta!

DON ÁLVARO

¿Y lo decís por que yo
remedie vuestra flaqueza?

DOÑA MARÍA

¡Oh, no! Don Alvaro, no;
que no hay remedios que puedan
contra un amor que ha vivido
del odio una vida entera!
No; que por primera vez
doy entrada á la flaqueza
y pienso que el alma toda
se va deshaciendo en ella.

Los labios, que os han nombrado
con odio, se abren apenas
para decir vuestro nombre,
que más que hablarlo lo besan.
Don Alvaro, tanto mío
como lo son en la guerra
adversarios de adversarios
que la muerte los estrecha:
¿quién te arranca de mis manos?
¡fueron garras; no te sueltan!
¿quién me quita á mi enemigo,
si mi espada lo respeta?

DON ÁLVARO

(Estrechando á *Doña María* en sus brazos.)

¡Hora esperada! ¿Por qué
tienes que ser la postrera?

DOÑA MARÍA

¡No!

DON ÁLVARO

¡Sí, dueña mía, sí!
Por que estas palabras sean
inmortales les dé un hacha
una rúbrica sangrienta;
por que no pueda saber
si eran vanas ó eran ciertas,
que un verdugo el corazón
me aparte de la cabeza;

queden en el corazón,
que irá primero á la tierra,
y, al faltar la sangre, corran
tus palabras por mis venas.

(Golpes de armas que toman los tres lados de la puerta. *Doña María de Guzmán* deja caer el velo y se hace á un lado. *Don Alvaro* aguarda con serenidad. Entra *Don Alvaro de Estúñiga* precediendo á los *Caballeros* de la Orden de Santiago, á *Santillana* con el manto de Comendador y al *Conde de Plasencia,* lugarteniente del *Rey* en esta ceremoni..)

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

Condestable: vuestros jueces
por Castilla, Caballeros
de vuestra Orden de Santiago,
juzgan llegado el momento
que vuestro manto entreguéis
de Maestre; que os le dieron
para honrar la Orden en vos,
y mal puede honrarla un reo.

(Don Alvaro hace gesto á *Morales,* que entrará en la celda del reo volviendo á salir al poco rato con el manto sobre un cojín largo de brocado.)

PLASENCIA

(Adelantándose.)

La vuestra magnificencia,
pues que sentenciada ha sido,
debe entregar...

DOÑA MARÍA

¡ Paso !... ¡ Pido
que se anule la sentencia
del Condestable de Luna !

DON ÁLVARO

(Colocándose rápidamente á su lado: con vehemencia, tratando de hacerla desistir de sus propósitos.)

¡ Os perdéis !

SANTILLANA

¡ Doña María
de Guzmán !

PLASENCIA

¿ Su señoría
alega razones ?

DOÑA MARÍA

Una ;
pero ha de bastar, espero,
si le sentenciáis porque
mató á Pérez Vivero ;
¡ que yo fuí quien le maté !

DON ÁLVARO

¡ No !

DOÑA MARÍA

¡ Y pido igual muerte para
su cómplice vil, que ha sido

el Príncipe aborrecido,
aborto de Trastamara!

(Conmoción: tumulto.)

SANTILLANA

¡Injuria al Príncipe!

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

¡Loca
tornasteis!

SANTILLANA

Sí que es demencia.

DOÑA MARÍA

¡Nunca más cuerda sentencia
ha salido de mi boca!

PLASENCIA

(Con solemnidad.)

Doña María Guzmán:
no quiere entender Castilla
que una rica-hembra mancilla
la sangre del Rey Don Juan.

DOÑA MARÍA

Conde de Plasencia: y yo
no quiero oirle á la gente
que el Rey Don Juan derramó
la sangre de un inocente.

PLASENCIA

La ley se ha cumplido.

DOÑA MARÍA

Falta
que sea justa la ley.

PLASENCIA

De alto viene: la hizo el Rey.

DOÑA MARÍA

¡La justicia está más alta!

(Hay entre la gente murmullos de impaciencia que acaban de exasperar á *Doña María.)*

¿Murmuráis?... ¿Vuestra alma estrecha
se niega á prestarme fe,
nobles no, villanos que
se les pierde la cosecha?...
¿Tan pobres de honras andáis
que al honor anteponéis
las haciendas que hurtaréis,
el favor que codiciáis?

(Más murmullos y más distintos.)

¡Nacisteis de un lecho falso!...
¿y el Rey no ve, en su abandono,
que han hecho astillas su trono
para alzar este cadalso?

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

Conde de Plasencia: vos
diréis lo que os pareciere;
pero hacer que un reo espere
es pararle el brazo á Dios.

PLASENCIA

No; dése puerta á la ley;
y vos, dama, perdonad
si, porque me manda el Rey,
me encontráis sin voluntad.

(Le vuelve la espalda como indicando que da por terminado el diálcgo.)

DOÑA MARÍA

¡Oh, no! me habéis de juzgar,
mal que os pese, en lo que os digo,
y, al juzgarme, vendrá á estar
toda Castilla conmigo.

PLASENCIA

Libradme, Doña María,
de este penoso deber,
ya no porque sois mujer,
sino por vuestra hidalguía.

DOÑA MARÍA

(Sin atender á razones; exaltándose cada vez más.)

¡Maté á un hombre! ¿No queréis
en mi causa sentenciar?

PLASENCIA

(Enérgico.)

¡Antes hemos de otorgar
justicia: no lo estorbéis!

DOÑA MARÍA

(Amenazadora: radiante.)

Pues bien: se agita en la plaza
la muchedumbre impaciente,
tanta en turba, tanta en gente,
que es, más que un pueblo, una raza;
rompe vallas, cercos vicia,
lanza gritos, alza manos,
que, como son castellanos,
ya les tarda la justicia.
¡Dejadme paso! ¡la plaza
con mi voz dominaré,
y el cadalso escalaré
para que me oiga mi raza!
¡Sabrán, por Doña María,
los estados, la nación,
Castilla, en fin, cómo son
las justicias en el día!

(Quiere salir: las lanzas tienen tomada la puerta.)

DON ÁLVARO

(Reteniéndola.)

¡No, por piedad!

ÁLVARO DE ESTÚÑIGA

(A las lanzas.)

¡Detenedla!

DOÑA MARÍA

¿Quién se atreve á una mujer?

SANTILLANA

¡La justicia!

DON ÁLVARO

¡No: el poder!

DOÑA MARÍA

¡Yo herí á Vivero!

PLASENCIA

(Resolviéndose por fin.)

¡Prendedla!

(Van las lanzas á cumplir la orden; pero *Don Alvaro,* tomando de la bandeja en que lo trae *Morales* su manto de Maestre de la Orden de Santiago, lo echa sobre los hombros de *Doña María* que, con un sagrado respeto, se detiene inclinando la cabeza. Espectación y estupor en todos.)

DON ÁLVARO

¡Invoco asilo, Santiago!
Una mujer perseguida
del mundo, en tu manto cuida
defenderse de su estrago;
que, si asilo bienhechor
un templo tuyo procura,

¡aún dará asilo mayor
tu mayor investidura!

(Un silencio: á *Santillana.*)

Venid á tomarlo de ella,
Comendador Santillana,
y cuidad que, si mañana,
un villano la atropella,
aunque lo mande la ley,
aun cuando en castigo fuere
de un crimen, aun si la hiere
llevando el sello del Rey,
y vos no se lo estorbáis,
mancha tendrán en su honor
la Orden que representáis
y vos, su Comendador.

SANTILLANA

(Subyugado por el gesto de *Don Alvaro.*)

Condestable: estad tranquilo,
que, cuantos os escuchamos,
desde hoy, en ella, miramos
la inmunidad del asilo.

DON ÁLVARO

(Con una serena sonrisa de satisfacción intensa.)

Ahora, acabad vuestro oficio,
Comendador. Retirad
del manto la dignidad,
dejándola el beneficio.

Y pensad que, si mi huella
lo mancilló, esta mancilla
se limpió al pasar por ella;
¡porque ella es toda Castilla!

(El *Marqués de Santillana* retira el manto de los hombros de *Doña María.)*

DOÑA MARÍA

Condestable: ¿es el momento?

DON ÁLVARO

Y ¿cuándo no lo es, señora?
¿qué vale al amor una hora,
qué vale un año, qué ciento?

(Redoble de tambores en la plaza. Entra en la antecámara *Fray Alonso de Espina,* seguido de otros *Religiosos* de la Orden del Abrojo.)

DOÑA MARÍA

(Cogiéndose nerviosamente al cuello de *Don Alvaro.)*

¡¡Alvaro!!

DON ÁLVARO

(Con dulzura; haciendo esfuerzos por aparecer sereno.)

¡Doña María!

DOÑA MARÍA

¡Os arrancan de mi lado!
¡yo que os habría adorado!

DON ÁLVARO

¡Y yo que os lo conocía!

MORALES

(Que entra sollozando, cogiéndole las manos y besándoselas.)

¡Señor, señor!

(*Fray Alonso de Espina* y los otros *Religiosos* aparecen en la puerta de la sala.)

DOÑA MARÍA

(Al verles comprendiendo.)

¡No; los dos!

DON ÁLVARO

¡María, mi amor, mi gloria!
¡te encomiendo mi memoria!

(Le toma la frente entre las manos y va á besarla: *Fray Alonso de Espina* levanta el Cristo, interponiéndolo entre *Doña María* y *Don Alvaro. Doña María,* al ver el Cristo, cae de rodillas en un gesto de imponderable dominio de sí misma. *Don Alvaro* toma el Cristo en sus manos y besándolo sale con paso firme, seguido de los *Religiosos,* diciendo:)

¡Creo, creo, creo en Dios!

DOÑA MARÍA

(A los *Nobles* y *Caballeros,* con un gesto de visión trágicamente profético.)

¡Pasad... Extended la diestra;

cúmplase el fallo cruel,
y caiga la frente de él
por que levantéis la vuestra!
Pero no se os lograrán
las ambiciones mezquinas;
de un templo habéis hecho ruinas,
y ellas os enterrarán.
¿Oís la turba que espera
impaciente de esperar?
Esta es la batalla fiera
que ahora tendréis que lidiar.
Es la tierra que calcina
el sol y que no da flores;
que, como es recia, domina
sus propios dominadores;
que, como nada le basta,
con nada se satisface:
¡esta es Castilla, que hace
á los hombres y los gasta!

TELON

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

V. PRIETO Y C.ª, EDITOR • PRINCESA, 77 • MADRID • • • • • • • • • • • • • •

JACINTO BENAVENTE • OBRAS ESCOGIDAS • • • • • • • • • • •

MIGUEL DE UNAMUNO • EL RESORTE MORAL Y OTROS ENSAYOS • • • • • •

MANUEL BUENO • TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO • ECHEGARAY • GUIMERÁ GALDÓS • DICENTA • BENAVENTE • LINARES RIVAS LOS HERMANOS QUINTERO • RUSIÑOL • • • • •

FELIPE TRIGO • LA CLAVE (NOVELA) •

JOAQUIN BELDA (AUTOR DE «LA SUEGRA DE TARQUINO») • MEMORIAS DE UN SUICIDA (NOVELA) • • • • • • • • • •

FRANCISCO VILLAESPESA • BAJO LA LLUVIA (POESÍAS) • • • • • • • •

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

V. PRIETO Y C.ª, EDITOR • PRINCESA, 77 • MADRID • • • • • • • • • • • • •

JACINTO BENAVENTE • OBRAS ESCOGIDAS • • • • • • • • • • •

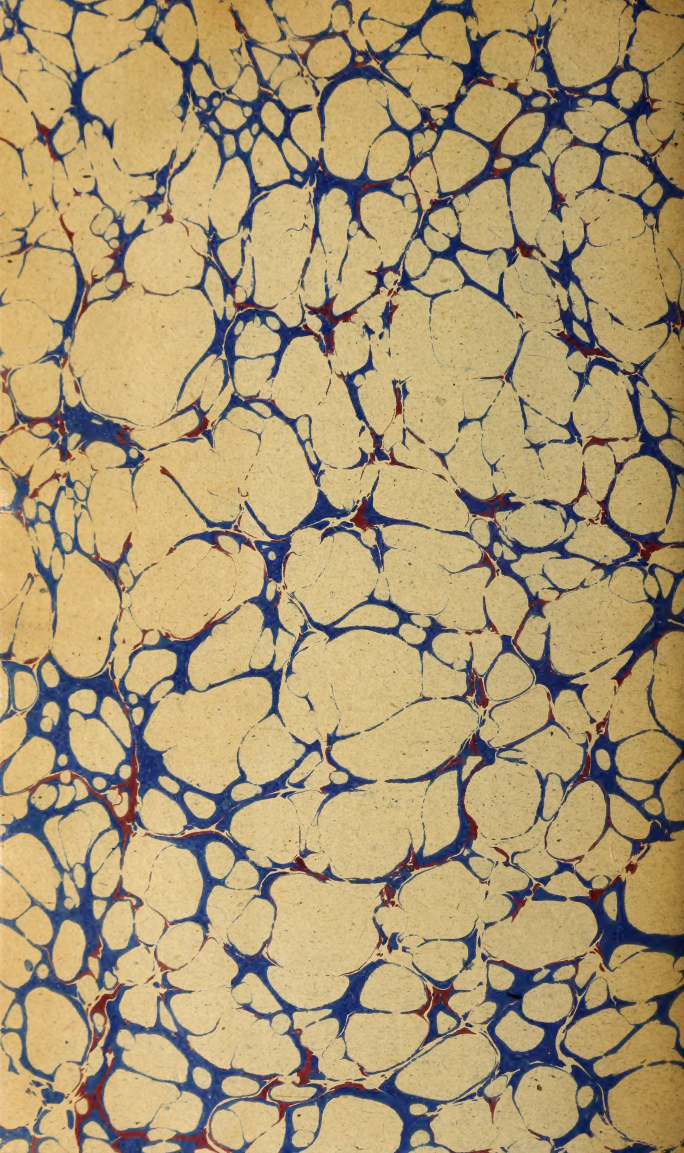
MIGUEL DE UNAMUNO • EL RESORTE MORAL Y OTROS ENSAYOS • • • • • •

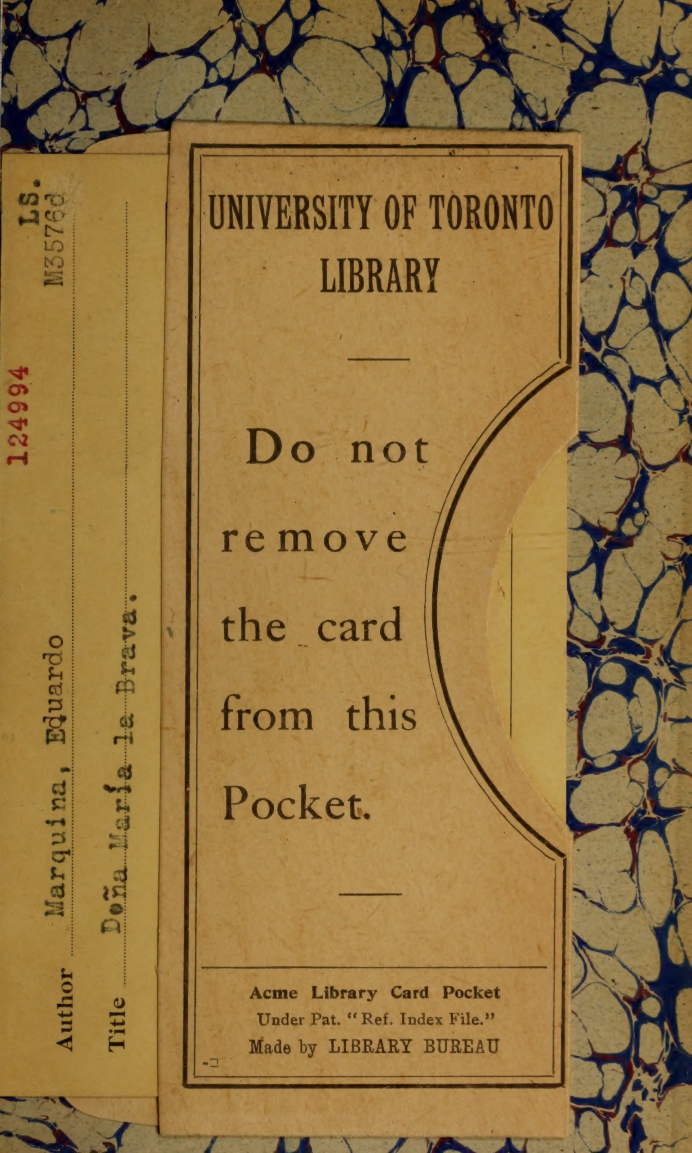
MANUEL BUENO • TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORANEO • ECHEGARAY • GUIMERÁ GALDÓS • DICENTA • BENAVENTE • LINARES RIVAS LOS HERMANOS QUINTERO • RUSIÑOL • • • • •

FELIPE TRIGO • LA CLAVE (NOVELA) •

JOAQUIN BELDA (AUTOR DE «LA SUEGRA DE TARQUINO») • MEMORIAS DE UN SUICIDA (NOVELA) • • • • • • • • • •

FRANCISCO VILLAESPESA • BAJO LA LLUVIA (POESÍAS) • • • • • • • •




UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
Do not remove the card from this Pocket.
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU
LS.
M3576d
124994
Author Marquina, Eduardo
Title Doña María la Brava.

